



Relatos del Guadarrama

X Aniversario de la declaración del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama



Ilustración de portada:

“Reflejos dorados”, María Cristina Pollesel Vicenti

Textos:

Ganadores de los certámenes literarios del parque nacional

Ilustraciones:

Ganadores de los concursos de pintura del parque nacional

Curso de Pintores Pensionados 2019 de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce de Segovia

Grupo de pintura “Nave Tierra Arte” dirigido por David Llorente Ávila

Fotografías:

Autores de los microrrelatos

Edita:

Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama

Dirección General de Biodiversidad y Gestión Forestal

Consejería de Medio Ambiente, Agricultura e Interior

Comunidad de Madrid



Diseño y maquetación:

Luis Navalón

Imprime: Imedisa, artes gráficas

Tirada: 1000 ejemplares

Fecha de edición: noviembre 2023

Depósito legal: M-32376-2023

Impreso en España



Índice

Presentación	1
Prólogo	3
Ecós del pasado	
Trenes hacia el Guadarrama. <i>Juan Andrés Saiz Garrido</i>	7
El telegrafista. <i>Miguel Ángel Muñecas Vidal</i>	13
La luz bermeja del ocaso. <i>Gorka Garmendía Pérez</i>	19
Tú a Sotosalbos y yo a Lozoyuela. <i>Luis David San Juan Pajares</i>	25
El paso del Guadarrama <i>Albino Monterrubio</i>	31
Guiomar en Guadarrama. <i>Luis David San Juan Pajares</i>	37
A clamor. <i>Albino Monterrubio</i>	43
Efecto mariposa. <i>Silvia Moreno Fernández</i>	45
Leyendas y otras historias	
El leñador y la reina de la montaña. <i>José Nilo Ojea Medina</i>	49
Dos leyendas. <i>Ainhoa Sarrías Adalid</i>	55
Tradiciones ya casi olvidadas	
El tío Balbino. <i>Luis David San Juan Pajares</i>	63
La niña y el Yelmo. <i>Daniel Nieto Núñez</i>	69
Última mirada. <i>José Manuel Martín Trilla</i>	75
Vivencias serranas	
Allende y aquende. <i>Luis David San Juan Pajares</i>	79
Guadarrama testigo. <i>Gerardo Oliva Negreira</i>	85
Los túneles de la luz. <i>Agustín García Aguado</i>	89
Huellas de ayer. <i>Fátima Chamorro Merino</i>	93
Amor de primavera. <i>Beatriz Garrandes Rubio</i>	97
El mirador de Tere. <i>Soledad Cuesta Albertos</i>	99
Una terapia innovadora. <i>Iñaki Álvarez Álvarez</i>	101
Verde sobre negro. <i>Ana Alonso Comyn</i>	103
El nevero eterno. <i>Nieves Pérez Moreno</i>	105

Presentación

Uno de los elementos diferenciadores del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama es el patrimonio cultural que atesora. Aparte de los grandes núcleos de patrimonio como el Monasterio de Santa María del Pualar, el Castillo de los Mendoza en Manzanares o los palacios reales de La Granja y Riofrío en Segovia, el patrimonio inmaterial supone una riqueza a conservar. La cercanía a la ciudad de Madrid ha provocado que durante siglos hayan sido innumerables artistas los que se hayan inspirado en la Sierra de Guadarrama para redactar sus poesías, pintar sus cuadros, componer sus canciones o grabar sus películas. El arte es una señal de identidad del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama y esta es la razón de ser de esta publicación.

Desde su declaración en 2013 el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama convoca anualmente cuatro certámenes culturales para que los amantes de la sierra se animen a explorar su faceta artística. Son certámenes de pintura, de narrativa, de fotografía y de cine que anualmente reciben las propuestas artísticas de cientos de participantes.

Con los relatos y micro relatos premiados en las siete primeras convocatorias, el parque nacional ha preparado esta publicación que tengo el gusto de presentar. Los micro relatos vienen precedidos de la foto que los inspira y para ilustrar los relatos cortos se ha utilizado las pinturas premiadas en los nueve primeros certámenes de pintura. Para completar se han incorporado acuarelas del proyecto educativo “Nave Tierra Arte” y las obras de la exposición “Cuando el paisaje duele” del Curso Pintores Pensionados 2019 organizado por la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce de Segovia que estuvieron plasmando el desastre que para la naturaleza supone un incendio forestal, pintando en el lugar y con carbones del incendio, el paisaje quemado en el puerto de la Morcuera en agosto de 2019.

Es por tanto una publicación cargada de sentimientos y de amor a la Sierra de Guadarrama que nos debe de servir a los lectores de impulso para conservarla de manera que siga siendo inspiración de las generaciones venideras.

El Consejero de Medio Ambiente, Agricultura e Interior
de la Comunidad de Madrid

Carlos Novillo Piris

Prólogo

Con el fin de promover e impulsar el mejor y mayor conocimiento de la riqueza natural, cultural y humana que encierra la Sierra de Guadarrama, con carácter anual, el parque nacional celebra una serie de certámenes culturales con el objetivo de sensibilizar a la sociedad en torno a valores, actitudes y comportamientos respetuosos hacia el medio que nos rodea. Entre éstos, el Certamen de Narrativa que cuenta ya con siete ediciones, comenzó su andadura en el 2017; más reciente, del año 2020, es el Certamen de Microrrelatos que va por su cuarta edición; y, por último, el Concurso de Pintura que data del año 2015 y lleva ya ocho ediciones.

Este año 2023, se celebra el X aniversario de la declaración del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama; como homenaje, hemos recopilado en este libro las obras premiadas en estos dos Certámenes Literarios. Para ilustrarlo, se ha contado con la colaboración de participantes en el proyecto educativo “Nave Tierra Arte” (dirigido por David Llorente Ávila), obras de la exposición “Cuando el paisaje duele” del Curso Pintores Pensionados 2019 organizado por la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce de Segovia y cuadros ganadores del Concurso de Pintura.

Las obras se han agrupado en diferentes categorías, según la temática abordada:

- *Ecos del pasado*. Nos trasladan, a través de ilustres personajes que tuvieron relación, de una u otra manera, con la Sierra de Guadarrama, a épocas pretéritas; dándonos unas pinceladas de la historia que aquí tuvo lugar.
- *Leyendas y otras historias*. Estos parajes guardan en sus rincones mitos y quimeras, algunos con mucha antigüedad y alimentados con el paso de los años; otros del siglo XXI.
- *Tradiciones ya casi olvidadas*. Antiguos oficios, usos y costumbres, algunos de ellos casi desaparecidos, que han configurado el paisaje y a las gentes de estas tierras.
- *Vivencias serranas*. Aquellas historias en las que, el personaje narra en primera persona sus experiencias en esta sierra y en sus pueblos, recordando lances, aventuras, peripecias, de su vida pasada.

Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama



El nevero eterno
Nati Altelarrea

Ecós del pasado

Trenes hacia el Guadarrama

Por Juan Panadero

Autor: Juan Andrés Saiz Garrido

Tras casi cuatro décadas de exilio, las palabras de Rafael ante el gentío que le espera en el aeropuerto de Madrid, el 27 de abril de 1977, son elocuentes: “Me fui con el puño cerrado y vuelvo con la mano abierta, en señal de paz y reconciliación con todos los españoles”. Después, su etapa como diputado en las primeras cortes de la democracia es breve: no es un legislador y tampoco un político, es un poeta; a los pocos meses, cede su escaño y regresa a su Cádiz y a su mar: ¿Adónde vas, marinero / por las calles de la tierra? / ¡Voy por las calles del mar!

En Madrid ha quedado María Teresa, su esposa y compañera durante medio siglo, ingresada en una residencia geriátrica donde nadie tiene cura para esa dolencia que le roba los recuerdos y las palabras, que poco a poco desaparecen; una tarde, de repente, pronuncia la que más ha amado: “Rafael”. Su sobrina Teresa la visita y atiende.

En Cádiz, el poeta se duele de nuevo por la ausencia, conoce bien los síntomas, es la angustia por los paraísos perdidos, el mismo puño clavado en la boca del estómago que le presionaba en 1939 cuando llegó vencido a París, junto a otros exiliados españoles: “Se equivocó la paloma / se equivocaba”; y dos años después en Argentina, mientras remontaba el Paraná en un vapor, desde Buenos Aires a Rosario, sin encontrar mejor alivio que escribirles una carta a María Teresa y a Aitana: “Más en el viento que pasa / yo escucho trenes lejanos / que van hacia el Guadarrama”, o cuando clamaba por la boca de su personaje literario Juan Panadero: “Aquí bien alto se canta / al fiel poeta que siempre / llevó a España en la garganta”, durante los días de espera y esperanza en Roma, soñando con llegar a Madrid: “Ahora podré navegar / por Castilla, como el mar. / Viejo marinero en tierra / mi carabela de plata / viento de paz, no de guerra / mañana me hará arribar / a Madrid, puerto de mar”. Y, sin embargo, cuando llegó a Madrid, comenzó a sangrar por la ausencia de Cádiz: “Si mi voz muriera en tierra / llevadla a nivel mar”.

En estas nuevas mañanas frente al mar se deja mecer por las olas, todas aparentemente iguales y todas diferentes, y las asemeja con los pinos de su arboleda perdida, todos similares y a la vez todos distintos. Algunas tardes le invade la melancolía. Proyectos literarios, premios y recitales le reclaman en Madrid. Bien. Así podrá visitar a María Teresa: “Hoy, amor, tenemos veinte años”.

Fija residencia en un piso de la calle Pintor Rosales, con las ventanas abiertas al verdor y la luz del parque del Oeste, la vía madrileña que más se parece a un paseo marítimo: “Amigo, yo aquí en la sierra / siempre pensando en el mar / y tú, mi amigo, en el mar / siempre pensando en la sierra”.

Algunas tardes, baja paseando hasta la cercana Estación del Norte, se sienta en un banco del andén y ve salir los trenes que en su juventud le llevaban a San Rafael, en la vertiente segoviana de la sierra: “Trenes en el viento, trenes / que van hacia el Guadarrama”.

De regreso a casa, suele parar en el Lucimar, ¡siempre atraído por la luz y por el mar!, una cafetería discreta en los pares de la cuesta de San Vicente. Antonio, el camarero, con sus impecables camisa y chaquetilla blancas, ensancha la sonrisa si aparece don Rafael y le prepara rauda la mesa preferente; desde ella el poeta ve pasar, a través de los cristales, la vida que sube y baja por la cuesta, entre la estación y la plaza de España, al tiempo que escribe algunas líneas en su cuaderno de notas.

Una tarde, Antonio rompe su timidez, le cuenta que él también escribe versos y luego le pregunta cómo y cuándo se hizo poeta. Rafael sonríe durante un par de segundos, refresca su garganta con un sorbo de whisky, carraspea un poco, entona su voz cavernosa y atempera el ritmo de sus palabras, como cuando canta sus versos: “Vengo de ello, amigo Antonio, vengo de ello; cada tarde que paro aquí, vengo de evocar la arboleda perdida que me hizo poeta”.

- ¿Una arboleda? Hubiera jurado que usted eso lo mamó en Cádiz, frente al mar.
- No; de niño soñaba con ser pintor, y lo deseé con mucha pasión durante años, pero cuando mi familia se vino a Madrid, una enfermedad pulmonar me llevó a pasar varios veranos en la Sierra de Guadarrama; allí, el aire de los pinos y el sol guadarrameño, además de curar mis pulmones heridos, provocaron en mí una metamorfosis inesperada y dichosa, pues pasé de joven aprendiz de pintor a ganar el Premio Nacional de Literatura, por *Marinero en tierra*, mi primer libro de poemas.
- ¡El aire y el sol! No me lo termino de creer, don Rafael. ¿Algo más habría?
—Pregunta Antonio, que se ha sentado junto a su ilustre cliente, aceptando su gesto de invitación.
- Sume también la sinfonía del bosque y la magia del cielo serrano, en especial por la noche, con la luminosa riqueza de sus astros, y los sonidos de

los trenes al fondo; llegué a San Rafael en 1919, aún con 17 años, envuelto por los colores gaditanos y por la oscuridad de mis dos primeros años en Madrid, ciudad que sólo conocía de noche, pues vivía como un caballo desbocado, apenas dormía unas horas, y casi siempre de día. Me estaba matando en vida; pero allí, entre aquellas montañas del Guadarrama, repleto el corazón del canto soleado de los pinos, renací a la vida y mis ojos se abrieron de par en par a otra forma de percibir y contar la belleza. De repente, quería solamente ser poeta: leyendo mucho y escribiendo más o absorbidos los ojos por el tranquilo viajar de las nubes... Y a la mañana siguiente, ¡oh milagro!, me seguían saliendo los poemas como brotados de una fuente misteriosa que llevara conmigo y no pudiera contener.

— Voy entendiendo, maestro, ¿cuantos veranos pasó?

— Varios, cinco o seis, entre 1919 y 1924, largos, intensos y muy deseados. Retardaba mi regreso a Madrid, aguantaba hasta finales de octubre a dejar con tristeza San Rafael, solemne y melancólico, ya sin veraneantes, despoblados los chopos, rodando en remolinos por la carretera sus hojas amarillas. Era hermoso el arribo de la otoñada en la sierra. Sentía más míos el sol y el largo silabeo del viento en los pinares. Con los primeros grandes fríos, en los días azules, se recortaban más los montes, presentando un extenso perfil impresionante aquellos que formaban, mirando hacia Segovia, la Mujer Muerta.

— ¡La Mujer Muerta! —Exclama Antonio—: ésa se ve mejor desde mi tierra, soy de Segovia.

— ¡Segovia! ¡Qué ciudad más bella!, iluminada siempre por esa “dama dormida” que tiene los pies en el cerro de Pasapán, el pecho y las manos cruzadas en Peña el Oso y la cabeza en La Pinareja. A Segovia iba en tren desde San Rafael: El Espinar, Otero de Herrero, Ortigosa del Monte, La Losa-Navas de Riofrío, colgados de la umbría serrana.

— ¿Y volvió usted a San Rafael?

— Entre 1930 y 1935, volví para visitar en su casa de Gudillos a Ramón Menéndez Pidal y a su esposa María Goyri, que era tía de María Teresa; a Ramón le consultaba dudas gramaticales, pero con quien más relación tuve y tengo es con su hija Jimena, que es de mi edad, y sobre todo con Gonzalo, al que llamo primo; algo más joven que yo, Gonzalo siempre fue por delante a su tiempo al usar los avances de la fotografía y el cine en la etnografía, sólo se conocen de él sus libros y las imágenes que rodó

sobre el teatro de La Barraca, pero grabó verdaderas joyas sobre los oficios del Guadarrama; una vez hicimos una excursión singular: fui solo a San Rafael en tren y, para regresar a Madrid, volví caminando con Ramón y Gonzalo por una senda que conocían de la Cañada de Gudillos, cruzamos la Sierra de Guadarrama por el collado de Marichiva y cogimos el tren en la estación de Cercedilla. También fui varias veces con María Teresa al puerto, en 1936, con el fin de alentar a las tropas del Quinto Regimiento, cuando defendían el Alto del León.

- No me hable de la guerra, don Rafael, todos tenemos malos recuerdos.
- No es necesario que me diga más, amigo Antonio. ¡Maldita guerra! Nadie la ganó, todos la perdimos, unos más que otros. Quiero la paz, ahora y siempre —hace una pausa y recita ensimismado—: “Lo grito aquí: ¡Paz! Y lo grito / llenas de llanto las mejillas. / ¡Paz, de pie! / ¡Paz! ¡Paz de rodillas! / ¡Paz hasta el fin del infinito! / No otra palabra, no otro acento / ni otro temblor entre las manos. / ¡Paz solamente!! ¡Paz, hermano! / Amor y paz como sustento”. Y por muchos pueblos recorridos en mi exilio errante, sé que el ser humano es sólo uno; y por mucho que me siento español, de cuya condición nunca renegué, sueño con una patria sin patrias, en la que quepamos todos, y sin fronteras. Pero me hablaba usted de volver: el verano pasado fui a Segovia por un recital y al pasar por la autopista a la altura de San Rafael me dio un vuelco el corazón. No debo demorar más el regreso.
- No tarde, maestro; cuando tardo en volver a mi espacio infantil, me gana la angustia, es como si me sintiera perdido, nadie quiere más a la madre que aquellos que la pierden.
- Ya veo que no bromeaba cuando me dijo que escribía versos; usted es poeta, Antonio; pásame sus poemas, los leeré con atención. Y gracias por su consejo: le haré caso.

El 24 de mayo de 1980 es un sábado luminoso. Rafael, que ya tiene 77 años y goza de buena salud, toma en solitario el primer tren que sale de “Norte” hacia San Rafael. Cierra los ojos y enumera los nombres de las estaciones; sonrío al comprobar que no los ha olvidado. Entre La Rozas y Las Matas se conmueve al ver en la solana “el Guadarrama azul en lejanía”, que tanto ha recordado en sueños, y enumera sus primeras cotas, de derecha a izquierda: El Nevero, los riscos de Peñalara, la Cuerda Larga, con el granito de La Pedriza, la Bola del Mundo y La Maliciosa. Al llegar a Villalba cuenta uno por uno los Siete Picos, que siguen igual, bien apretados. En Alpedrete mira por la ventana de la izquierda el ancho

y hondo valle marcado por el río Guadarrama; y arriba, a la izquierda del Alto del León, el perfil de Cabeza Lijar, donde posiblemente sigan en pie los fortines de la guerra. De nuevo por la derecha, desde Collado Mediano divisa con más claridad el puerto de Navacerrada. Pasado Los Molinos, el tren supera el cerro de La Golondrina y luego atraviesa La Luminaria por la misma trinchera y el mismo túnel que nunca se han borrado de su memoria, entre robles y encinas. Nada ha cambiado en la línea del tren ni en las montañas. Rafael evoca a su admirado Machado: “El tren, ligero, / rodea el monte y el pinar; emboca / por un desfiladero / ... por donde el tren avanza, / sierra augusta, / yo te sé peña a peña / y rama a rama”. Ya tiene ante sus ojos la estación de Cercedilla, que le sigue pareciendo la orquesta de un anfiteatro. Según sube el tren a Tablada, recuerda una cantiga de Juan Ruiz: “Cerca la Tablada / la sierra pasada / falleme con Aldara / a la madrugada”. Pasado el túnel, a la altura de Gudillos echa la vista arriba y atrás para contemplar en lo alto los gigantes que protegen la Garganta del río Moros: Mostajo, Peñota, Peña el Águila, Peña Bercial, Minguete, Montón de Trigo, La Pinareja, Pasapán.

Al llegar al apeadero de San Rafael mira el reloj y se sorprende de que hayan pasado ya, en un suspiro, casi dos horas desde que el tren salió de Madrid. Una vez en tierra, se apoya en una baranda y contempla afectado aquella estampa que lleva grabada a piedra y fuego en la cabeza y el corazón; seguidamente, canta en alto una las canciones que dedicó a San Rafael en su libro *La amante*: “Si me fuera, amante mía, / si me fuera yo / si me fuera y no volviera, / amante mía, yo, / el aire me traería, / amante mía, / a ti”.

Tarda en reponerse de la emoción. Baja lentamente la breve cuesta del apeadero y, junto al primer recodo del río Gudillos, identifica la casa que fue su Balcón del Guadarrama: “Hotel de azules perdidos, / de párpados entornados, / custodiado por los grillos, / débilmente / conmovido por los ayes / de los trenes”. Indaga, pregunta... Luego, remonta el cauce del río por un camino hasta llegar a Los Navazos, la casa de su primo, pero no hay nadie; celoso de su soledad, Gonzalo tiene por costumbre llegar a San Rafael los lunes y regresar a Madrid los viernes, al revés que la mayoría de los turistas madrileños.

Cruza la carretera general, atraído por los pinos de su juventud y por las zarzas floridas de sus amores de verano. En un remanso identifica el arroyo Mayor y remontando su cauce se adentra en el bosque: “¡Son los bosques, los bosques que regresan! Aquellos / donde el amor, volcado, se pinchaba en las zarzas / y era como un arroyo feliz, encandecido / de pequeñas estrellas de dulcísima sangre”.

Vuelve a San Rafael cuando ya han pasado las tres de la tarde. Elige entre los mesones de la travesía uno discreto y de nombre atrayente, La Serrata, al que

accede tras bajar una pequeña rampa. Come ensalada, picadillo y un pincho de tortilla, mezclado entre el resto de los clientes que ya comienzan a levantarse de sus mesas. Los mesoneros, Julia y Enrique, se disponen a celebrar con sus hijos una sencilla comida familiar; Quique, el hijo varón, identifica aquella inconfundible melena blanca y al viento, y le muestra al poeta su admiración. Rafael acepta sentarse con ellos y comparte unos minutos de sobremesa, además de un trozo de tarta; finalmente, con el mismo bolígrafo del mesonero, dibuja en un folio una paloma, con esta dedicatoria: “Para Rosi, en San Rafael, 24-V-1980”.

Repleto de emociones, que presiente va a tardar en digerir, Rafael camina lentamente hasta el apeadero cuando la noche se ha echado. Recuerda que mañana tiene previsto visitar a María Teresa (“Hoy, amor, tenemos veinte años”) y, antes de subir al último tren que para en San Rafael con destino a Madrid, mira el cielo guadarrameño y busca aquellas estrellas que le iluminaron hace sesenta años: “¿Dónde estará aquella Osa Mayor que se iba abriendo, grande, con el girar de las horas, hasta correr, hacia la madrugada, en un ancho galope sobre los picos estivales del Guadarrama?”.

2º premio de Relatos del I Certamen de Narrativa, 2017



Trenes hacia el Guadarrama
Blanca García

El telegrafista

Por Faulkner

Autor: Miguel Ángel Muñecas Vidal

Navacerrada, mayo de 1844, reinando Isabel II, la de los tristes destinos

Llegamos a la hospedería a eso de la media tarde de ayer. El camino en la diligencia desde Madrid fue dificultoso, pues pasamos por obras en un par de tramos. Me gustaría creer que tendrán continuidad y que, en pocos años, dispondremos de carreteras al mismo nivel que Francia o Inglaterra; pero no sé qué pensar. La hospedería se halla estratégicamente situada, a legua y media del puerto de Navacerrada, en su falda, al inicio del bosque de Valsaín. El mismísimo Fernando VII —a quien Dios confunda por sus desatinos— fue cliente asiduo del lugar, que está en el camino al Real Sitio de San Ildefonso. Precisamente, el telégrafo se construyó para él, como servicio de información dondequiera que estuviera el rey... o la regente... o nadie, porque en aquellos años nunca se entendió la utilidad que podía tener este invento. Cenamos frugalmente, sopa caliente, un poco de pollo y vino de Jerez, para dormir pronto, porque esta mañana nos esperaba trabajo de campo, de reconocimiento del lugar, de reencuentro con un pasado que hubiera preferido olvidar.

La pasada Navidad recibí una convocatoria de Manuel Varela, ilustrado de renombre, nuevo y flamante Director de Caminos. Sorprendidísimo por la urgencia (y por las fechas), acudí a su gabinete. — *El tiempo apremia* — fue lo primero que me señaló. El año que finalizaba había sido pródigo en acontecimientos: Espartero era un cadáver político, la regencia de María Cristina concluía e Isabel II, precipitadamente y con sólo trece años, hacía apenas mes y medio que había sido proclamada reina. — *Amigo mío, soplan nuevos tiempos, aires de progreso* — me dijo Varela y prosiguió: — *Narváez, el nuevo hombre fuerte, está resuelto a modernizar España. Su primera consigna será el afianzamiento del orden público, tan maltrecho estos últimos años. Para eso, le será vital disponer de la información temprana que sólo le puede proporcionar un sistema de comunicación telegráfica óptica de ámbito nacional* —. Llegado a este punto, le interpelé, — *Don Manuel, me permito recordarle que, como usted bien conoce, un sistema análogo, el telégrafo de Lerena, ya fracasó y, sin embargo, el telégrafo eléctrico...* —. Detuvo en seco mi argumentación. Con autoridad, me espetó: — *Mi querido amigo, el señor ministro de la Gobernación ha fijado como objetivo que el telégrafo óptico alcance en los próximos años el desarrollo que tiene en un país tan avanzado como Francia. A usted, como ingeniero de caminos de prestigio, se le exige la revisión y supervisión del pliego de condiciones técnicas que*

ha de acompañar al Real Decreto, cuya promulgación se hará sin demora, en un plazo máximo de dos meses.

Salí de su despacho al frío de la mañana de Madrid, demasiado herido en mi orgullo como para sentirlo. Por una parte, su razonamiento era intachable: había una evidente voluntad política y la red de comunicaciones ópticas de Francia era excelente y en expansión. Sin embargo, yo conozco perfectamente las barreras y limitaciones de esta tecnología, las he sufrido casi en primera persona, para mí era una elección miope, muy de corto plazo. Me recompuse, primero hay que sobrevivir al presente. Caía una fina aguanieve. No pude evitar pensar en Hipólito, el malogrado telegrafista.

El Real Decreto fue publicado según lo previsto, el pasado 1 de marzo. A los pocos días, recibí la visita de José María Mathé, coronel de la Marina y viejo amigo, pues ambos habíamos colaborado en el establecimiento de la obsoleta línea de Aranjuez a Madrid del telégrafo de Lerena. Mathé era un hombre entusiasta, brusco en las formas, apasionado del progreso, ambicioso en exceso y, como buen militar, buen organizador. Nos dimos un fuerte apretón de manos. —*Hizo usted un excelente trabajo con el pliego de condiciones del decreto* — me dijo, halagándome. —*Gracias, pero ¿cómo sabe que fue cosa mía?, tal información no es pública.* — *Siempre hay que tener buenos contactos, amigo mío,* — fue su respuesta. Y continuó hablando: —*Mi objetivo es elaborar un proyecto ganador y nadie, modestia aparte, tiene tanta experiencia como yo, que tan estrechamente colaboré con Lerena. El proyecto exige rodearse de los mejores, entre los que le incluyo a usted* —. Le di las gracias con un ligero ademán de cabeza y prosiguió sin inmutarse: —*De usted necesito su experiencia y su conocimiento del terreno para salvar el crítico paso de Guadarrama a la meseta, que tantos quebraderos de cabeza supuso hace una década. Y hay otro problema: Varela está empeñado en mantener la estación de Siete Picos, pero tanto usted como yo sabemos que es inviable. Usted le conoce bien; encontrará el modo de convencerle* —. Asentí con prudencia. No conocía lo suficiente a Varela, pero sí las circunstancias del fallecimiento de Hipólito en Siete Picos, ocho años atrás. En mi fuero interno, me reafirmé en que no había más alternativa que la telegrafía eléctrica, aunque, desdichadamente, ni estaba todavía lo suficientemente madura, ni nuestras autoridades lo bastante convencidas para impulsarla. Pero acepté. Acordamos mis emolumentos y que, por seguridad, me asignaría un asistente del ejército bien experimentado, en evitación de intempestivos asaltos de los facinerosos que se cobijan en la Sierra de Guadarrama. Nos estrechamos la mano. —*¿Le apetece un café?*, me dijo. —*Sin duda, contesté.* —*¿Qué tal la cafetería de Venecia?, aquí mismo en la plaza de Santa Ana* —. Su propuesta era tentadora. —*Encantadísimo, le dije y continué, —¿por el éxito del proyecto!, invita usted ¿no?* —.

En estos últimos dos meses mi actividad ha sido frenética: he buscado localizaciones, levantado planos, señalizado accesos. Me he convencido de que la idea inicial de Mathé —por otra parte, solvente topógrafo—, es la adecuada: salvar Guadarrama por el puerto del Alto del León, a sólo 1500 metros de altitud, no a 1940, como Siete Picos, casi inoperativo en invierno por las nieblas. En consecuencia, las ubicaciones óptimas para levantar las nuevas estaciones adyacentes son: a dos leguas y media, Cabeza Mediana, en Moralarzal; por el lado segoviano, el Cerro de Castrejón, distante unas tres leguas.

Deliberadamente, he retrasado la inspección de hoy para el final. Me trae malos recuerdos y ni siquiera sé si tiene sentido. No soporto tener que pagar derechos de portazgo para pasar el puerto de Navacerrada con los caballos que tomamos esta mañana en la hospedería. Y ahora estamos aquí, junto al viejo telégrafo de Siete Picos, en desuso desde 1836. Los daños son evidentes: parte de la techumbre está desplomada, hay agujeros en el muro y bloques de piedra caídos, el interior está desolado por obra de bandoleros. Su alcance visual es inmenso: de hecho, fue la razón de su elección. Saqué el catalejo de la mochila y, al modo de los viejos telegrafistas, enfoqué al sureste, a la torre del Estepar en Hoyo de Manzanares, que revisamos hace unos días. Aunque también severamente dañada, en la distancia se ve nítida e idealizada. Giré hacia la vertiente segoviana y divisé la estación destino, en el Palacio de La Granja; a su izquierda, la torre de Mata-bueyes, estación intermedia que enlazaba con el Palacio Real de Riofrío. Apenas ya jirones inservibles de historia, condenadas al olvido. Observando los restos de neveros que quedaban dispersos por los alrededores, mi ayudante comentó: —*Vaya lugar para trabajar! Es espectacular, pero ¡qué frío debe hacer aquí en invierno!* —*Sí, un lugar donde los buenos telegrafistas mueren, sí; de frío y de soledad*—, fue mi apesadumbrada respuesta. —*Por Dios!, no se ponga usted tan trágico, ¿conoce algún caso?*, me preguntó.

En efecto, se llamaba Hipólito, natural de Cercedilla, como yo mismo. Había estudiado en Madrid y era periodista. Se inició colaborando con *El Zurriago*, el periódico más exaltado del trienio liberal. Tras su cierre, pasó a ocuparse de los estrenos de teatro, las reseñas taurinas y las necrológicas del absolutista *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, del que acabó por ser despedido. Cuando surgió la oportunidad del telégrafo en 1832, le conseguí un puesto de transcriptor de mensajes de telegrafía óptica en la Torre de Lujanes, en Madrid, donde estaba la central. Se había casado y tenía un hijo pequeño. Todo parecía rodar bien. Hasta aquel fatídico julio de 1834. La terrible epidemia de cólera se extendió como la peste por Madrid y, aunque la prensa oficial no alertó a la población, la corte corrió presta a refugiarse en La Granja. Llegaron rumores de ataques carlistas, amigos de los curas, se decía. Hipólito lo sabía: estaba bien informado a través del telégrafo. Para su infortunio, su mujer y su hijo enfermaron gravemente y, en

cuestión de horas, murieron. Creo que enloqueció. Dos días después, el 17 de julio, todo Madrid entró en pánico y aconteció la tristemente famosa matanza de frailes, en la absurda idea de que ellos habían envenenado el agua de las fuentes. Tras el motín, él fue uno de los apresados y acabó también por ser uno de los 79 enjuiciados. Fue entonces cuando usé de toda mi influencia y contactos para salvarle de la cárcel, pues él era para mí como un hermano. Lo conseguí. Le ofrecí el puesto de operador de la estación de Siete Picos, cerca de su casa, de Cercedilla, donde quizá pudiera hallar un poco de sosiego, a lo que estuvo de acuerdo. Ahora sé que fue una pésima decisión. Simplemente cambió de cárcel: la vida del telegrafista es dura. Aquella torre no era sino un barracón militar, frío, solitario, con mala comida y pésima higiene.

Quedaba aislado del mundo en días con niebla, lluvia o nieve. El trabajo era escaso y el telégrafo pasaba mucho tiempo mudo. Y aunque eran dos las personas que trabajaban por turnos, su compañero había desertado en aquellos días. Hipólito debió enfermar, en silencio. Ese malhadado día de primavera de 1836 hubo un fallo de comunicación: Siete Picos no transmitía el mensaje del nombramiento de Istúriz al frente del Gobierno. Me encargué yo, personalmente, de supervisar qué estaba ocurriendo. Al llegar, noté el frío de la torre, pues el fuego de la chimenea se había apagado. Lo encontré en su catre, tapado con una manta. Sobre la mesa, unas líneas manuscritas, un último mensaje que el telégrafo jamás transmitiría: *“Mi vida queda atrás, os echo de menos, a ti Luisa, a ti Juan, apenas soy ya vuestro olvidado recuerdo, me desvanezco en medio de este páramo, esta montaña hostil, donde sólo los lobos tienen fortaleza para sobrevivir”*. En agosto de ese mismo año los Reales Sitios fueron abandonados. La línea se clausuró.

Recomendaré a Mathé restaurar la torre, su torre. A Varela se lo justificaremos como alternativa en caso de emergencia, pero sólo será la excusa para acallar mi conciencia. Sé que nunca se usará. Vuelve mi pensamiento a la diligencia y al camino polvoriento que nos llevó ayer a la hospedería. Me imagino una línea de ferrocarril cruzando Guadarrama y, de su mano, el telégrafo eléctrico. Las comunicaciones serán instantáneas, lo demuestran los desarrollos de William Cooke y Charles Wheatstone en Inglaterra y de Samuel Morse en Estados Unidos. Se alzarán postes con cables que portarán la señal eléctrica y transmitirán la información más veloz que cualquier correo de postas. El telégrafo óptico quedará como una mera curiosidad objeto de recuerdo (o de olvido). Y no habrá más Hipólitos.

1^{er} premio de Relatos del IV Certamen de Narrativa, 2020



El telegrafista
Paloma Blasco

La luz bermeja del ocaso

Por Hipatia

Autor: Gorka Garmendia Pérez

La moderna locomotora de vapor, perteneciente a la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, descargó toda una sinfonía de resoplidos antes de detenerse entre chirridos frente al edificio principal del apeadero. Después de una hora de viaje desde la madrileña Estación del Norte, cruzando el río Manzanares por el Puente de los Franceses, las colonias veraniegas de Pozuelo y algunos pequeños pueblos como Las Rozas o Torrelotones, Francisco y Benito llegaron a Villalba de Guadarrama.

Almorzaron en la posada Villalbina de don Segundo Ortega, donde pagaron por adelantado el arriendo del coche simón que ya habían apalabrado días antes en Madrid. Mientras apuraba su café con leche, Benito recordó una cita poética de los simones, llamados así por el industrial gallego Simón Tomé Santos que había fundado la empresa de carruajes.

— “Hay en Madrid un simón que se alquila... no sé dónde, y tiene más aventuras que Gil Blas o don Quijote”.

El recitado hizo sonreír a Francisco, que identificó poema y autor.

— Disfruté mucho leyendo las *Escenas Matritenses* de nuestro añorado Ramón de Mesonero Romanos.

La brevísima charla literaria quedó interrumpida por el aviso del cochero, que ya había preparado caballos, arneses y tiros.

— ¡Este par de corceles nos subirán hasta el puerto!

A Francisco le pareció pretencioso el elogio del chófer a sus bestias; a él más bien le parecían rocines o jamelgos, algo desgarrados y de un extraño color rojizo.

Enfilaron con brío la carretera de Segovia por Navacerrada. Pasaron junto a la Venta de las Salineras y, tras dejar atrás el antiguo portazgo usado ahora como casa de peones camineros, tomó resuello la caballería frente a la Fonda de Navacerrada, donde suelen cambiar el tiro las diligencias de larga distancia. A medida que ganaban altura, más saltarines bajaban los regatos que escupían las cumbres

y mejor se oteaba el horizonte salpicado de cimas y collados. De poniente a naciente podían admirarse con claridad Las Machotas, Abantos, Cuelgamuros, Salto el Lobo, Guadarrama, La Peñota, Montón de Trigo, la Fuenfría, Collado Ventoso, Siete Picos, Guarramillas, Maliciosa, Cabezas de Hierro, La Pedriza... también algunos pueblos serranos, desde San Lorenzo, Guadarrama, Los Molinos y Cercedilla a poniente, hasta Manzanares y Cerceda por levante; con Madrid a mediodía, brumoso e indefinido. El valle se fue estrechando y el camino se volvió bruscamente empinado y abrupto a partir de las Ventas de Cercedilla. Los animales resollaban, sofocados por el esfuerzo y el calor. Los dos viajeros soportaban a duras penas el zarandeo, confiando en la pericia de quien ahora parecía un auriga a las riendas de su cuadriga. La calesa continuó traqueteando por la exigente y pedregosa pista que serpenteaba entre el denso pinar hasta alcanzar los casi mil ochocientos metros de altura en el puerto de Navacerrada, tal y como Francisco comprobó en su altímetro Vogel. Los alazanes habían llegado al alto y su dueño no podía ocultar la satisfacción por no haber defraudado a tan ilustres pasajeros.

Junto a un tinglado abandonado de la Guardia Civil, el ventorrillo ofrecía frutas, pan, embutidos y vino. Compraron vituallas y bajo un sombrajo junto a la fuente repusieron fuerzas mientras las monturas pacían hierba fresca. Adormecidos por el sopor de la sobremesa y el caldo, se dejaron abrazar por la siesta. Una batahola cantarina de abejarucos, oropéndolas, currucas y ruiseñores clausuró el asueto a media tarde. Despereizados, optaron por ascender a pie las escarpadas llambrias del Guarramillas sobre canchales de granito jaspeados de piornales y colchones de enebro rastrero. Francisco ascendió sin apenas esfuerzo y Benito, jadeando. Los dos eran ya sobradamente cuadragenarios pero la dura rampa dejó bien claro quién frecuentaba las laderas serranas y quién apenas salía de la ciudad.

Los ventisqueros sirvieron de refresco después del esfuerzo. A un canario como Benito le resultó exótico y divertido palpar la nieve en pleno estío. Desde los más de dos mil metros que marcaba el Vogel, pudieron avizorar nítidamente, además de Madrid y Segovia, los Montes Carpetanos, con su techo, que también lo es de la Sierra de Guadarrama: el Peñalara.

— “Hay en la España Citerior un monte, Canato los antiguos le llamaron, y hoy Peñalara” —recordó Benito a su admirado Moratín con el *Poema de La Caza*, embelesado por el paisaje.

Avistaron a los pies del coloso el majestuoso Valle del Lozoya, comarca segoviana tan solo unas décadas antes.

— Don Benito —Francisco parecía iniciar una de las deliciosas tertulias como las que compartían en el Ateneo madrileño de la calle Montera.

Benito asintió sin dejar de contemplar el espectáculo serrano.

— Cada verano recorro estos parajes durante días con grupos de alumnos, tratando de que no solo aprendan a conocer el entorno; también a amarlo.

— Lo sé. Es brillante la tarea que llevan ustedes a cabo, don Francisco.

— Sin embargo, siento que lo que hacemos en la Institución Libre no es suficiente —Benito apartó la mirada del paisaje y centró la atención en su amigo.

— Cuénteme, por favor.

— Usted, don Benito, además de uno de los mayores literatos que ha dado este país, es diputado en Cortes. Es decir, tiene el poder de cambiar las cosas, de legislar para proteger las maravillas que la naturaleza nos ofrece. Desde hace tiempo se ha tratado de defender la foresta de los que solo buscan su beneficio privado y no el común. Permítame una pincelada de historia. Los cartujos de El Paular, por ejemplo, llegaron a este valle hace casi cinco siglos y tenían solo los derechos de pasto de sus ganados. Mas los monjes comenzaron a talar pinos, que vendían en las tierras del Señorío de Buitrago. Los pleitos de los segovianos no se hicieron esperar y la Cartuja tuvo que ceder. Tiempo después, Carlos *el Hechizado* se dejó manipular y otorgó al monasterio la propiedad de la arboleda, cayendo en saco roto las demandas segovianas. La poderosa Cartuja explotó entonces la pineda sin que nadie pudiera oponerse, salvo una estrecha y remota franja, la Cinta de Peñalara, que permaneció a salvo. Después de la desamortización de Mendizábal, el monte fue vendido a la Sociedad Civil Belga de los Pinares de El Paular, hasta hoy.

— ¿Y cuál sería la solución a tanto afán?

— El bosque puede rendir usufructo, pero siempre dentro de un orden. Su provecho como madera no debería impedir otros fines como el mero recreo o la enseñanza. Estoy seguro que en pocos años se contarán por miles los que suban a estas cumbres para deleitarse con el aroma de jacintos y narcisos o los vivos colores de lirios y dedaleras. También habrá grupos de alumnos y profesores, como los que organizamos en la Institución, que recorran a pie estos senderos y aprendan a respetar la naturaleza, a convi-

vir con ella, a amarla. Pero como le digo, don Benito, el uso del monte no puede ser un fárrago. Y me temo que llegará a serlo.

- ¿Qué se le ocurre que yo pueda hacer en las Cortes?
- Con el hilo de las leyes se puede y se debe trenzar una urdimbre que proteja esta frágil belleza. Resguardarla de la plétora de irresponsables que la arruinarían por ignorancia o avaricia. El brazo de la ley en la montaña son los capataces de cultivos, los que antes conocimos por guardas de campos y sembrados, monteros, fusileros guardabosques o celadores de montes, que desde la Ley de Mejora y Repoblación de los Montes Públicos deben perseguir y denunciar a quien los dañe. Su salario es escaso y en ocasiones se dejan corromper por los avaros. Pero no será suficiente si nos quedamos ahí; fíjese como los gobernantes de un gigante de cincuenta millones de súbditos como son los Estados Unidos de América ya han decidido custodiar una parte de su territorio como si fuera un baluarte de su patrimonio natural.

La mirada interrogante de don Benito invitaba a desarrollar la respuesta.

- Yellowstone, al noroeste del país, es hace tiempo ya el primer Parque Nacional del planeta. Es decir, la propia nación como garante y escudo protector contra la rapiña, la barahúnda y la codicia, capaces entre las tres de comprometer en beneficio particular el futuro de algo que es de todos. Y Yellowstone no será el último. Aquí debemos seguir esa senda marcada por los norteamericanos y conservar nuestro territorio. Hay multitud de espacios que lo necesitan: Covadonga, los Pirineos, el coto de Doñana, el Teide que corona sus Afortunadas o las cumbres de Guadarrama deberían ser parques nacionales invulnerables a la ambición destructiva.
- Mire usted, don Francisco. Hace años que el Arcipreste de Hita me tentó a “provar la syerra” con su *Libro de Buen Amor* y hoy usted me ha permitido cumplir ese anhelo. Igualmente llevo un tiempo sopesando un giro en mi escritura; un viraje inspirado en el naturalismo, el Positivismo de Comte, el Evolucionismo de Darwin, las ciencias naturales. La excursión de hoy no solo me reafirma en este derrotero, sino que este antillano diputado, con semejante coliseo guadarrameño como testigo, asume la responsabilidad de llevar a la sede de la soberanía popular la necesidad de conservación de nuestro patrimonio natural. Tiene usted mi palabra.
- Don Benito, pasarán cien años de su muerte y aún se ensalzará su legado, se releerán *Doña Perfecta* o *Fortunata y Jacinta*, se celebrará su paso por

este mundo. Pero esta empresa va más allá. Merece la pena abanderar una causa que trasciende lo humano. La luz bermeja del ocaso desde esta atalaya de la Sierra de Guadarrama solo confirma nuestra insignificancia frente a la magnanimidad y hermosura de ella: la naturaleza.

En silencio, descendieron hasta el puerto de Navacerrada donde el cochero esperaba impaciente el momento de partir. El crepúsculo ya había derrotado al día cuando el simón encaraba las calles de Villalba. En la posada de Segundo Ortega aguardaba el anfitrión a sus dos huéspedes para la cena.

Este relato ficticio recrea una visita serrana de Francisco Giner de los Ríos y Benito Pérez Galdós a la sierra de Guadarrama que no es veraz pero sí verosímil, dada su amistad y afinidad. En el centenario de la muerte del escritor, sirva esta narración como homenaje.

2º premio de Relatos del IV Certamen de Narrativa, 2020



Mirando al embalse
Antonio Marina Rodríguez

Tú a Sotosalbos y yo a Lozoyuela

Por Cantarillón

Autor: Luis David San Juan Pajares

— Otro año que nos encontramos aquí, amigo Juan, ¡qué alegría!

— ¡No habíamos de faltar por nada del mundo, don Íñigo!

Los dos hombres se abrazaron fraternalmente. El sol de agosto, despereza-do hacía ya un tiempo en su carrera despejada hacia el poniente, comenzaba a achicar las sombras que proyectaban los roquedos testigos del abrazo de los dos amigos. Desde las cumbres que les servían desde antiguo de gozoso punto de encuentro, los piornos que pugnaban por trepar hasta el lugar parecían encaminar la mirada hacia los piedemontes de ambos lados de la cuerda, que semejaban más cercanos de lo que de suyo estaban por la incontestable limpieza del cielo que los iluminaba a esa hora de la mañana.

— Aquí estaremos bien —dijo el más joven de los caballeros, cediéndole a otro el turno para acomodarse en un berrueco rematado con una cruz de metal atirantada por los costados—. Cuénteme, compadre: ¿cómo le han ido las cosas desde la última vez que nos vimos?

— Pues no sé qué decirle, don Íñigo. No quiero hacerme mala sangre, pero ya se habrá percatado usted de que cada vez cuesta más encontrar algo de creatividad entre la gente, algo de genio, aunque sólo sea un tanto así. Andan todos como embotados, sin ocuparse en asuntos elevados, satisfechos con lo mundano y material, pero tristes y nerviosos, muy nerviosos e irritables —y continuó tras una breve pausa ante el silencio elocuente de su compañero—: ¿Es que ya no saben apreciar la belleza? ¿Son incapaces de ir más allá de sí mismos? ¿Qué andan persiguiendo los hombres de estos tiempos, don Íñigo? ¿Lo sabe usted?

— No, se lo aseguro. Y sepa que a mí también me duelen estas cosas. ¡Ha cambiado todo tanto! Fíjese que más que tristes e irritables, yo los veo hastiados, presos de una atonía que no pueden sacudirse por sí mismos. Muchos han perdido el gusto por la contemplación, desconocen el íntimo placer que produce el recrearse y meditar sosegadamente ante la visión de

un monte, una pintura, un acontecimiento de la vida, la presencia presentida de Dios en una emoción inesperada...

- Les falta seso.
- Les falta trascender. Luchar por encontrar un sentido al mundo y a la existencia. Saberse parte de un todo distinto a ellos que los acoge sin preguntar y, a un tiempo, saberse capaces de protagonizar su propia historia. Están construyendo un mundo por el que transitan imponiéndose límites a su libertad y adormeciendo sus conciencias, sin siquiera caer en la cuenta de ello. Y sin importarles mucho. Han confinado sus almas.

Ambos contemplaron el paraje que los envolvía, como queriendo encontrar respuestas a sus cuítas. Sin haberse puesto de acuerdo, los dos desviaron la mirada al no muy lejano manadero del Cambrones y, desde allí, la extendieron por el praderío montano atravesado por centenarias cercas de piedra. Una sensación de paz y consuelo fue serenándolos como si aquéllas fueran bien templadas hilazas capaces de elevar mansamente desde el suelo sus maltrechas ánimas, del mismo modo que se erguía triunfante la cruz que les guardaba las espaldas.

A lo lejos, varios hatos de vacas terrenas pacían con sus crías, indolentes durante siglos al paso de viajeros, peregrinos y senderistas que habían hecho de aquella tierra su pasajera morada espiritual. Una tierra señoreada por orgullosos peñascos, testigos displicentes de viejas correrías y pasados episodios guerreros, que seguía ofreciendo amorosamente sus mejores frutos a los esforzados hombres de campo que la explotaban y cuidaban con regalo: afanados quiñoneros de estos días, herederos de los pastores, gabarreros y menestrales de antaño, en los que aún pervivía la osadía de los primeros pobladores y los pecheros de otros tiempos.

- Es hermosa la sierra.
- Mucho. Está hecha para ojos de poeta, para corazones de poeta. ¿Cuántos de ellos, de nuestra época a esta parte, se han sentido inspirados a su paso?
- Ya he perdido la cuenta.
- *...la luna parece un río...*
- *...los álamos apenas con hoja...*
- *...entre las piedras frías del Guadarrama yerto...*

- No hay duda—concluyó el llamado don Íñigo—; desde aquí se percibe un poso distinto de las cosas a poco que sepa uno mirar. Parece incluso que el aire pesa más, tiene otra densidad.
- El paso, el peso y el poso... del tiempo y de la vida. ¡Caramba, no está mal traído, compadre! Si fuera más joven, poco me faltara para componer un ramillete de alejandrinos con semejante juego de palabras. O unas serranillas, si Vos me obsequiare permitiéndome invadir su terreno por una vez.
- Siempre igual, ¿eh? No cambia usted, don Juan. ¡Qué humor!
- ¿No habría de tenerse con todo lo que está ocurriendo?
- Sí, tiene usted razón.

Las miradas de los dos caballeros buscaron ahora los cauces de los arroyos que, aunque menguados por el estío, seguían alimentando los fértiles campos de las vegas donde iban a morir engrosando otros caudales. A sus mentes bullidoras en imágenes, siguiendo quizá los derroteros de la de otro antiguo y atormentado autor, acudió la del mundo sufriente que tenían a sus pies, la de muchos hombres desorientados por el sinsentido del dolor y la muerte *que se viene tan callando*. Ambos guardaron silencio, un silencio de introspección en el que evocaron sus vidas, tan colmadas por momentos; en otros, tan insensatamente desperdiciadas en vanos afanes. Como tantos. Hay ocasiones en que la contemplación de la montaña trae la melancolía, que también es sentimiento dulce y elevado como el amor, al corazón de los hombres. Quizá lo provoque el anonadamiento que se siente en la altura, donde la persistencia del cielo puede llegar a inspirar a las almas más sensibles. Desvalimiento, dolor, experiencia de vida, ¿de dónde, si no, nace el estro de los poetas?

- Los hombres pasan; el monte permanece...
- Usted pasó la peste de su época, don Juan. No debería pillarle de nuevas lo de ahora.
- Prefiero no hablar de aquello.

Las rocas sobre las que estaban sentados apenas proyectaban ya sombra. Otras amagaban con caer a última hora sobre el ánimo de los dos amigos.

- Este año no suben, claro.
- No, esta vez somos los únicos romeros.
- Nosotros no contamos: llevamos acudiendo aquí desde mucho antes de que a ellos se les ocurriera.
- Otra cuenta que he perdido.
- ¡No es fácil sustraerse al hechizo de estas sierras, don Íñigo!
- Ni al de sus serranas, ¿verdad, don Juan?
- ¡Ay, las serranas! Las serranas y sus portazgos... Ya nada es como era. Fíjese cómo son las cosas que es que ya ni las hay, compadre; ni recias ni donosas; ni aguerridas ni complacientes; ni gentiles ni destempladas. Ya no quedan ni en Mataelpino, ¡qué le voy a contar yo a usted que no sepa!, ni siquiera en este puerto angosto. Y la que decían la Chata, ya sabe, hace tiempo que dejó el chozo y sus peajes.
- ¿Llegó a traerle alguna garnacha al cabo?
- ¡Ni por pienso! No me lo hizo pasar mal la muy ingrata. Bien se entretuvo conmigo cuando arrecido me hallaba suplicándole albergó. No, no, que bien servida quedó con mis favores.
- ¿La sigue echando de menos?
- Quía, ni por pienso —repitió el otro, ofendido, sin poder evitar dirigir una furtiva mirada al chozo que se adivinaba en la distancia—. ¡Plugo al cielo no volvérmela a echar a la cara! No era ella fruta temprana como sus serranas y sus vaqueras, tan graciosas ellas, tan lozanas, ¿eh, don Íñigo?
- Ya no estamos para lances amorosos, amigo —sentenció el aludido con una sonrisa en la que se confundían la resignación y la añoranza—. Desde hace mucho, además.

Los dos hombres se levantaron y se dirigieron unas últimas palabras amistosas tomados de las manos: habían echado el día conversando con sabias razones y hallando gran placer el uno en compañía del otro. Así ocurría año tras año en aquel mágico lugar del Guadarrama y en la misma fecha desde hacía mucho,

mucho tiempo, tanto que ni ellos mismos, como volvieron a admitir, llevaban ya la cuenta de sus encuentros.

- Adiós, don Íñigo. Estas piedras, este cielo, nos siguen uniendo en espíritu. Usted y yo, como todos los que han seguido nuestros pasos, de alguna manera pertenecemos a él.
- Mire, compadre, que no está bien pecar de modestia. Sabe tan bien como yo que este Malangosto y hasta el aire que lo envuelve es patrimonio suyo y como tal se le reconocerá por siempre. A él sí que están atados su nombre y sus amoríos.
- Favor que vuestra merced me hace, señor Marqués.
- Venga ya, no amueles, Arcipreste. Y apéame el tratamiento, que soy mucho más joven que tú.

Un último abrazo les sirvió de despedida. El que se dirigía hacia el sur volvió la vista al poco de emprender su camino y vio cómo su compañero, detenido unos metros más allá de las rocas que sostenían la cruz medianera, miraba con ojos a tristados y soñadores hacia el chozo de la Chata dando vueltas en la mano a un objeto brillante y de buena factura. Don Íñigo reconoció inmediatamente la garnacha de oro que el arcipreste subía todos los años entre los pliegues de su capa y que se empeñaba inútilmente en ocultar a la vista de su amigo. Aquél le saludó alzando la mano cuando se apercibió que lo estaba observando y, ya sí, enfiló el camino de descenso hacia Sotosalbos. El marqués sonrió benévolutamente y, regalándose una postrera y serena mirada en derredor suyo, se sintió feliz y agradecido por la vida. Y disipando esos pesarosos pensamientos que cada tanto lo asaltaban al considerar lo mucho que había cambiado el mundo en los últimos tiempos, continuó ligero su jornada por el camino que bajaba a Lozoyuela.

1^{er} premio de Relatos del V Certamen de Narrativa, 2021



Tu a Sotosalbos y yo a Lozoyuela
Rosa María G. Arias

El paso del Guadarrama

Por Albino Monterrubio

«Hermano, he pasado el Guadarrama con una partida de mi guardia y con un tiempo bastante desagradable».

(Carta de Napoleón Bonaparte a José I. 24 de diciembre de 1808)

Con un movimiento brusco, el hombre se arrebujaba en la capa. Desde la cumbre del promontorio observa el acantilado a sus pies. En el fondo, un intenso oleaje aremete sin descanso contra las rocas y deja tras de sí un blanco reguero de espuma.

— ¿Tiene frío, Sire?

— No, Bertrand. A pesar de su clima desagradable, desde que me desterraron a este inhóspito peñón jamás he sentido frío. Es solo que ha vuelto a despertar el perro que últimamente me come las entrañas. Temo que acabe conmigo, igual que le sucedió a mi padre.

— No diga eso, Sire. Conseguiremos escapar de esta maldita isla, tal como hicimos en Elba. Reverdecerán las glorias pasadas. El imperio no ha muerto, solo duerme.

El destello que ilumina por unos segundos la mirada de Napoleón Bonaparte desaparece casi al instante transformado en un rictus de amargura. Por un buen rato guarda silencio, sumido en sus pensamientos.

— Fíjese, Bertrand. El aire levanta murallas en la mar. Es la eterna lucha del agua contra la piedra. El fragor de su combate es como el de dos ejércitos que chocan en el frente de batalla. Añoro los sonidos de la guerra.

— Yo también, Sire. La superficie del océano cubierta por la espuma me ha traído el recuerdo de los campos nevados de Rusia.

— No es Rusia el lugar que me viene a la memoria. Quizás sea el ulular de este viento enloquecedor lo que me ha hecho revivir otra campaña. — Napoleón suspira, mira al cielo y contempla pensativo las nubes que lo cruzan—. Muchas veces me repito lo que aprendí aquella jornada. Porque,

¿qué es el hombre sino una minúscula brizna de hierba ante las fuerzas de la Naturaleza?

Sometida la capital y restaurado José I en el trono, el contingente francés abandona Madrid la mañana del veintidós de diciembre de 1808. La orden del emperador es dirigirse a Salamanca, cuartel general de los ingleses, para aplastar al enemigo e impedir su repliegue hacia el norte.

La impresionante maquinaria de la Grande Armée se pone en movimiento bajo el mando de Su Majestad Imperial. Las botas de las compañías de dragones retumban de nuevo sobre los caminos de tierra de la meseta. Desde un cielo de un azul acerado, el sol tibio del invierno castellano arranca destellos de la punta de las bayonetas.

Poco antes del anochecer, el convoy de artilleros que precede a la inmensa columna de infantería entra en el pueblo de Guadarrama. El lugar elegido para pernoctar por el responsable de la intendencia es apenas un puñado de miserables casas de piedra al pie de la montaña. Bajo la luz crepuscular solo se distinguen la silueta de la iglesia, encaramada a un altozano, y la mole granítica del pósito real.

- ¿Pudieron conseguir algo, Lamot? —El joven oficial de dragones se dirige a un veterano malencarado de gigantescos mostachos que conduce dos cabras famélicas atadas de una cuerda.
- Poca cosa, capitán Joliton. El jefe de la guarnición asegura que desde hace meses no quedan alimentos por requisar en la aldea.
- No me fío de ese truhan de Lapierre, sargento.
- Yo tampoco, mi capitán. Pero no miente. Hemos entrado en varias chozas en busca de provisiones y no ha habido suerte. Esta gente ni siquiera tiene camas. Duermen en el suelo, entre paja, como las bestias.
- No hay de qué preocuparse. Los carros vienen llenos tras el saqueo de Madrid. Al menos hoy no faltarán la carne ni el vino. ¿Acomodó a la tropa en la iglesia como le ordené?
- Sí, mi capitán. Un pelotón está desmantelando a hachazos el retablo para convertirlo en leña. Sopla un viento del norte que no me gusta nada.
- Disponga todo para partir al alba. Las órdenes del emperador son tajantes. No debemos demorar la marcha bajo ningún concepto. Y busque algún

paisano que nos sirva de guía para cruzar la montaña. Quizá lo necesitemos.

Los ojos grises de Juan Abril se hunden en una cara curtida por el aire de la sierra. De pie a las puertas del desangelado templo, el cabrero se protege del cortante frío del amanecer con una burda chamarra de piel de oveja. A sus espaldas, la escarcha hace brillar los campos al resplandor de las antorchas.

— Le repito que hoy será mal día para pasar el puerto. Es menester esperar a que amaine el temporal. Vea lo que se avecina —dice, señalando las cumbres nevadas sobre las que se ciernen densas nubes de color ceniza.

El traductor, un afrancesado de profusas patillas, repite el mensaje en un francés sibilante y medroso.

— Dígale que eso es de todo punto imposible —responde Joliton, impaciente. Debemos cruzar. No hay tiempo que perder.

— Según este paisano, el riesgo de ventisca es alto. Afirma que parte de la tropa podría quedar enterrada por la nieve y perecer.

— Este ignorante cree que el ejército imperial se detiene por minucias. Si el invierno no fue un obstáculo en Austerlitz, ¿por qué habría de serlo en España? ¿No será un confidente de los rebeldes que pretende retrasarnos para que caigamos en una trampa?

El pastor, que parece haber comprendido las últimas palabras del militar, se dirige a él mientras mira de reojo al afrancesado.

— Señor, soy hombre de paz. La guerra solo me ha traído desgracias. La tropa saquea nuestras casas. Se llevan los enseres, sacrifican las cabras y requisan el grano. No tenemos qué comer. Las mujeres salen a por agua a la fuente con miedo de que abusen de ellas. A mis dos hijos los reclutaron a la fuerza y ni siquiera sé si siguen vivos. —La voz, monótona y resignada, conserva no obstante un tono de desafío.

— Entonces, ¿por qué te preocupa lo que pueda pasarnos? —pregunta Joliton en un español gutural.

— A pesar de todo el mal que me ha traído la guerra, no deseo ver cómo se rompen la crisma o mueren congelados tantos cristianos. No, les repito que no es buen día para pasar el puerto.

— No te preocupes —replica el capitán dándole la espalda—. Tú serás el primero en comprobarlo.

El viento —que no cesa desde primera hora de la mañana— comienza a soplar en ráfagas de violencia inusitada cuando un batallón de la infantería ligera ataca las primeras rampas del puerto. A pesar de que los dragones ajustan a la barbilla el barboquejo de los chacós, varios de los altos sombreros ruedan por tierra y se precipitan pendiente abajo perseguidos por sus propietarios. El horizonte está tan oscuro que no se distingue si es de día o de noche.

En escasos minutos, las partículas de granizo que hieren el rostro de los soldados son sustituidas por gruesos copos de nieve que el aire desplaza a velocidad vertiginosa. La pista que serpentea por el desfiladero queda oculta bajo un manto blanco. No es posible distinguir la senda de los barrancos que la flanquean. Cada movimiento supone el riesgo de precipitarse en una sima o quedar sepultado en un ventisquero.

A la vera del camino, el emperador observa las maniobras desde el caballo. A su izquierda, el mariscal Savary, duque de Rovigo, se arropa en un grueso capote de campaña mientras da órdenes a un brigadier.

— Sire, me temo que el repliegue es inevitable. Busquemos cobijo. De no ser por ese pastor que nos guía habríamos perdido un pelotón entero despeñado por un precipicio. Al menos cinco cañones están inutilizados.

— De ninguna manera, Savary. Esta noche he de cenar en Villacastín. Allí hay dispuestas provisiones para la tropa. Pasaremos a cualquier precio. Moore no tendrá tregua.

Napoleón se apea del caballo. La nieve cubre sus botas de montar. Avanza con dificultad hasta el lugar donde brega la vanguardia del ejército. Aupado por un sargento, se encarama a una pieza de artillería e inicia una arenga con voz tonante.

— ¡Soldados, no desfallezcáis! ¡Confío en vuestro valor! La victoria nos espera en la vertiente norte de la sierra. La posteridad hablará con orgullo de vuestra conducta. ¡Seguidme hasta la cumbre!

Los vítores de la soldadesca silencian por un momento el bramido de la tormenta. Bonaparte se coloca a horcajadas sobre la faja del cañón, desenvaina el sable y ordena aguijonear a las mulas. Por delante, solo se distingue la silueta

solitaria de Juan Abril, cuyas abarcas abren un sinuoso camino entre la nieve mientras tienta el suelo con el cayado.

Siguiendo la estela del cabrero, los cazadores de la Guardia Imperial avanzan a pie arrojando el temporal. Se desplazan agarrados por los brazos para ayudarse unos a otros en caso de accidente. La estrecha columna ocupa todo el ancho de la pista. Un caballo se encabrita, liberándose de las manos que sujetan sus riendas. Cegado por el huracán, abandona a su dueño y se lanza contra una cuneta donde queda cubierto hasta los ijares. Un cabo que ha acudido a su rescate pierde el equilibrio al pisar el hielo y hombre y bestia se precipitan en un abismo invisible, desapareciendo de la vista de sus compañeros.

Metro a metro, el contingente reptaba por la abrupta pendiente. El pelotón de cabeza, precedido por Juan Abril, abre una senda de sucia nieve pisoteada por el que desfila la infantería que empuja los cañones y los carros con la impedimenta. El castigo que soportan los situados en la primera fila es tremendo.

Después de cuatro horas de marcha, arriban a lo más alto del puerto. Subido en un pedestal, el león de piedra que guarda el paso de montaña los observa impassible con la melena cubierta de hielo.

Apoyados en el muro de una ermita en ruinas, los oficiales se reúnen al calor de una hoguera.

— ¿Cuántos hombres hemos perdido durante el ascenso, Savary?

— Es difícil saberlo, Sire. La mitad de la Guardia Imperial tiene síntomas de congelación. Estamos agrupando las unidades para contar las bajas.

Protegido tras un grupo de rocas, Juan Abril ajusta con las manos encallecidas las pieles de carnero con las que protege sus piernas. Su rostro, cubierto por una máscara de escarcha, semeja el de una estatua de mármol. A pocos metros, el capitán Joliton se despoja de las botas y frota con fuerza un pie de dedos amoratados. Escenas similares se repiten a lo ancho de la cumbre.

El pastor contempla la ladera norte a cuyos pies, entre la nieve, sabe que se encuentran las casas de San Rafael. Piensa en sus hijos y en la sinrazón de la guerra. También en lo sucedido durante la jornada.

«Hay quien dice que la sierra es traicionera, pero no es cierto. Te avisa con tiempo suficiente, solo has de saber escucharla. Les dije que no era buen día para pasar el puerto».

2º premio de Relatos del VI Certamen de Narrativa, 2022



El paso del Guadarrama
Cristina Badia

Guiomar en Guadarrama

Por Tirant

Autor: Luis David San Juan Pajares

El coche que llevó a doña Pilar hasta aquel rincón de la sierra se adentró en esta lo más que pudo. La mujer, luego, continuó a pie resuelta a coronar la empresa que la había llevado hasta allí. Caminando lentamente por la carretera de la República, bien abrigada a pesar del calor que ya empezaba a jalbegar esa mañana de julio de 1979, la figura menuda de la octogenaria volvía a recorrer el paraje que marcó su vida. Tanto como la de Antonio, su gran amor. Un paraje por el que tantas veces habían transitado en su *tercer mundo*, ese refugio mágico e íntimo que crearon para sí, donde todo ocurre, todo se adivina. Hasta lo prohibido.

Su corazón, siempre más ligero que sus pies, volvió gozosamente medio siglo atrás para encontrarse de nuevo a solas con él en aquellos paseos furtivos por los parques de Madrid y por las calles de Segovia, buscando juntos remedio a su desamparo en los versos compartidos sobre el velador de un café o en el comedor de algún discreto hotel provinciano. Versos que repetían con empeño juvenil en el camino hacia una estación de tren que volvería a separarlos por un tiempo: una condena pasajera que aprovechaban para hacer crecer a ambos lados de la sierra el ansia de un nuevo encuentro. *En un jardín te he soñado, Guiomar, sobre el río.*

Ninguno de los dos entendía aquel juego como algo pueril. No lo era. Ni tampoco necesidad. Fue —lo seguía siendo hoy para ella— la más pura experiencia de amor que dos seres humanos pueden compartir. Amor espiritual y encarnado a la vez. Amor que solo aspira al bien del otro, amor de renuncia mutua y consentida capaz de sublimar lo mundano. De arrasarlo. Un amor que la hipocresía de su tiempo no hubiera podido aceptar. Tal vez la de ninguno en que hubieran vivido: la maledicencia no conoce de épocas. Pero un amor firme y pujante como la hierba. Un escándalo. El más bello y virtuoso de los escándalos.

Fueron unos años que los transformaron. Años dulces de una pulsión arrebatada pero inocente que logró redimir a dos seres presos de sus respectivas soledades. Años del desvarío tierno de dos hijos de Dios desprovistos de malicia que, estando por encima de las convenciones del mundo, se acomodaron al que les tocó vivir haciendo santo e irreprochable cada minuto que pasaron juntos. Todos y cada uno de ellos. *Los racimos de un sueño —juntos estamos— en limpia copa exprimimos.*

Con el tiempo, Antonio comenzó a ser más conocido en los ambientes que frecuentaban. Acaso fuera eso lo que llevó a los dos amantes a explorar nuevos lugares de encuentro al resguardo de miradas inoportunas. Y allí estaba el Guadarrama, ese coloso que lejos de figurárseles, como antes, un cruel muro interpuesto entre sus afanes, se convirtió al punto en el patio inmenso y soleado donde hablar de lo eterno a golpe de versos y de manos entrelazadas. Tardes entregadas a lo irreal, a lo que solo el alma entiende, contemplando los valles y los riscos convertidos en guardianes celosos de sus secretos. Los ojos de Guiomar se humedecen al tiempo que se agitan el pecho y los recuerdos. Avergonzada, se detiene y mira en torno suyo, pero solo advierte la complicidad sin reproche de aquellos mudos testigos de su debilidad. Les está inmensamente agradecida. Toma aire, sonrío: ¡qué poco habían cambiado! Lo mismo que ellos dos, diosa y poeta, solo separados ahora por un aparente abismo hecho de corporeidad.

Había perdido la cuenta de cuántas veces aquellas moles graníticas, aquellos pinos y berruecos habían acompañado sus pasos, acompasando ella los suyos a los pies planos de su amigo; acompasándolos él a los latidos quebrados de su compañera. ¿Cuántas habrían sido? No más de diez de forma tangible, ciertamente, y cientos más, miles, las más dichosas, en puro espíritu. Esta sería la postrera, la que los uniría por siempre. Ya faltaba poco para llegar.

Miles, sí, porque desde algún burgués bulevar de la capital y, al mismo tiempo, desde las orillas del Eresma, el profesor de francés y la dama del Liceo fundían sus almas al paso de los coches de caballos, ella, y del agua que bajaba impetuosa desde los manantiales del Guadarrama, él. De aquel Guadarrama, orgulloso maestro de ceremonias capaz de unirlos místicamente cada vez que lo evocaban. *Conmigo vienes Guiomar; nos sorbe la serranía.*

Luego vino la guerra y la muerte de Antonio. Ella tuvo entonces que multiplicarse para ensanchar y hacer florecer ese tercer mundo del que había quedado como única valedora. Cuarenta años había guardado fidelidad a un edén cultivándolo con el mimo de un hortelano sabio. Cuarenta conservando con devoción la memoria y las cartas de un hombre bueno en todos los sentidos de la palabra. Cuarenta años de silencio y de secretos. De comunión con el amado.

Por eso estaba aquí, por su amado. Sería la última vez que el corazón de Guiomar vagara en sueños llevándolo de la mano, como este hizo otras muchas con ella y con la pobre Leonor, aquella otra frágil mujer con la que apenas conoció una fugaz felicidad. El amor todo lo abarca, el amor todo lo puede. Guiomar lo sabe. Por eso hoy conduce a su poeta no para llevar su cuerpo sino su alma a *los azules montes del ancho Guadarrama*. Para siempre.

Ya había llegado. Pilar de Valderrama, la refinada dama de sociedad, la gentil tertuliana adelantada a su siglo, sabiendo cercano el momento de reunirse con quien tan noblemente se le entregó sin exigirle nada, había tomado una decisión. Declararía al mundo quién era y cuánto había sido amada. «Sí, soy Guiomar» gritaría, la Guiomar de Machado, la musa oculta del desaliñado trovador de Castilla, la enigmática y cantada diosa de un hombre maduro convertido en niño. Había llegado el tiempo de mostrarse ante todos tal cual era. Sí, ella era Guiomar y revelaría su nombre, descubriría sin pudor los miedos y debilidades que nublaron su vida, pero no desnudaría enteramente su alma. Y menos la de su poeta. Ese botín sería para otro ser excepcional, un gigante sereno y terrible que los sobreviviría y que crecería aún más alimentándose de sus secretos.

En el libro póstumo que había dejado escrito aparecerían algunas cartas de Antonio, solo unas pocas: las que oportunamente «había salvado al azar». La mayor parte de ellas, las más íntimas y sabrosas, las que salieron como lenguas de fuego de sus entrañas, dormirían para siempre en la tierra que ahora pisaba, la que tantas otras veces habían hollado en espíritu tomados de la mano. Cartas que, con su presencia escondida pero palpitante, darían al lugar un sentido nuevo, capaz de inspirar emoción y deseo, paz e inquietud, asombro y nostalgia. Cartas que envolverían al caminante en el misterio del amor, de la poesía, de la vida.

Pensando en todo esto arrodillada, orante sobre la que llaman pradera de Navarrulaque, cavó con sus manos un agujero profundo en la tierra. Una tierra que obediente se desterronaba al ritmo de sus sollozos y que al cabo recibió sobrecogida un abultado atado de cartas primorosamente conservadas y, con ellas, las más exquisitas muestras de lirismo que jamás brotaron de un corazón enamorado.

Antes de tapar el hoyo y cubrirlo con ramas y cantos que apercibió con las fuerzas que le quedaban, depositó sobre el rimerero de papeles otros dos que leyó con los ojos cerrados. Uno era la última copla que él le escribió. Sus dedos, febriles, lo habían garabateado en Colliure unas horas antes de morir. Átropos, menos severa de lo que suele, permitió al poeta retornar por unos momentos al Eresma cantarín:

*Esta agua de febrero
arrastra en lo escondido
prendas de amor sereno:
el tuyo y el mío.
En lo secreto.*

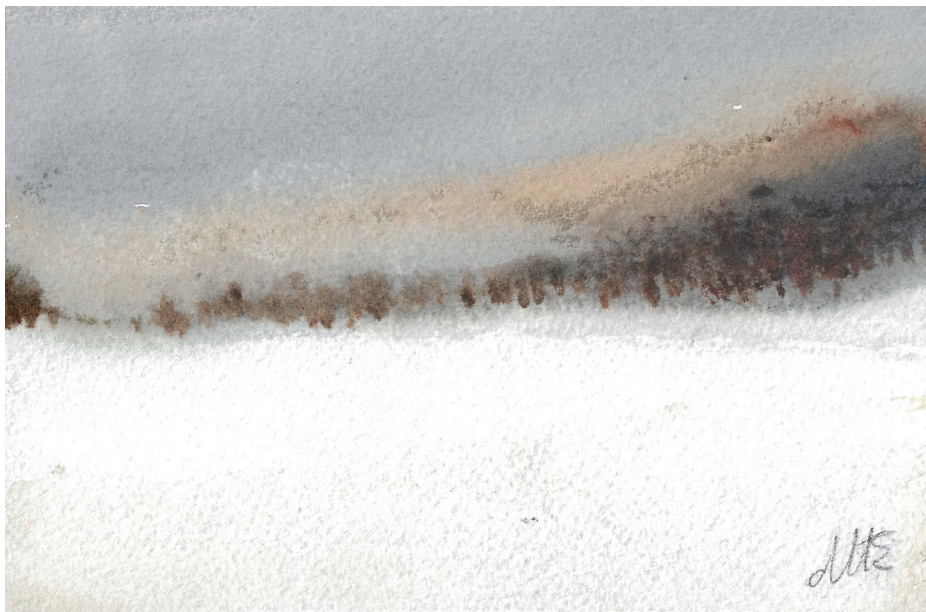
El segundo era el poema que ella misma compuso la noche en que por fin, claudicando ante la realidad, aceptó el destino de Antonio y el suyo propio al poco de instalarse de nuevo en Madrid tras la contienda. Una rima desesperada, una derrota que se ha hecho una con ella hasta hoy:

*Tu ausencia me fatiga más que el tiempo
y no hallo corazón sin ser tú brújula.
¿Dónde te fuiste, amor? ¿Cuál fue tu culpa?
Son mis manos ramas secas
si no juegan con las tuyas.
No hay palabras. Ya no hay versos...
Solo el silencio retumba.*

Guiomar, sosegada al fin su alma junto a la de su amante, miró en derredor, se recreó unos instantes en la belleza de cuanto la rodeaba y, muy despacio, arrastrando un cuerpo aligerado de pesadumbres, volvió por la senda que la había llevado hasta allí. Ya no volvería al paraje de Cercedilla que unos años después, no se sabe bien por qué, se llenó de rimas y palabras y empezó a ser conocido como *Los Miradores*. Los miradores de los poetas.

¡Qué nombre tan hermoso! ¿Cómo nacería? Quizás alguien presintió que justo en ese lugar, en su aire, en su entraña, late un legado inmortal, el tesoro más puro y honesto que custodia toda la mística del Guadarrama, ese ser sereno y terrible al que sólo se conoce con mirada de poeta enamorado.

1^{er} premio de Relatos del VII Certamen de Narrativa, 2023



Guiomar en Guadarrama
David Llorente

A clamor

Por Albino Monterrubio

«Dos toques, mujer; tres toques, hombre». Me lo explicó mi abuelo una noche de verano, en la tejera. Las llamas del horno arrancaban extraños reflejos de su rostro curtido.

Yo le pregunté si existe el tañido de una campana cuando nadie lo oye. Me contestó que, en realidad, así se definía el silencio. No como la ausencia de sonido, sino que este no sea escuchado por persona alguna. Y que eso sucedería el día que las aguas del embalse anegaran la Herrería. Luego pretendió mirar hacia la nevada cumbre de La Maliciosa, aunque yo supe que lo hacía para que no le viera llorar.

Han pasado cincuenta años y la vacía espadaña de San Macario continúa tocando a clamor. Pero pastores y artesanos no salen a la puerta de su choza a preguntar quién ha fallecido. Porque el muerto fue el pueblo mismo y ya nadie puede escucharlo.

1^{er} premio del II Certamen de de Microrrelatos, 2021



Efecto mariposa

Por Luna de Piedra

Estoy aquí, desahuciada. Ajena al ruido cercano de los coches que suben y bajan. Tan cerca de tantos caminantes, con tanta historia a mis espaldas, con las huellas de personajes ilustres todavía intactas... y tan sola y olvidada.

Aún recuerdo tu mirada al observar, con tanta dulzura, el aleteo de aquella mariposa dorada. Allí empezó mi historia. Y la tuya. Tú, que creías en una educación diferente y para todos, con la Naturaleza como bandera, mandaste que me construyeran para que tus estudiantes aprendieran bajo el abrazo y la belleza de esta Sierra.

Soy yo, Giner: La Casa de las Mariposas. Aún resisto, cercana al Pino de la Cadena, esperando que alguien me recuerde.

Mira, ¿la ves? Acaba de posarse una mariposa.

“El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo”.
Proverbio chino.

Autora: Silvia Moreno Fernández

1^{er} premio del IV Certamen de Microrrelatos, 2023





Amor de primavera
Panxo Le Loup

Leyendas y otras historias

El leñador y la reina de la montaña

Por Nileglassartist

Autor: José Nilo Ojea Medina

Hace casi 260 años, cerca de un hermoso pueblo a las faldas de la montaña más alta de la Sierra de Guadarrama, ocurrió una increíble historia que pocas personas conocen, un niño se la escuchó a su abuelo, y este, al ser padre, se la contó a sus hijos, los cuales de la misma manera contaron a sus hijos, y sus nietos que un día también tuvieron hijos, y estos fueron un día abuelos, también la contaron. Y así, la leyenda viajó de generación en generación, hasta llegar a mí, siendo totalmente fiel a la realidad... o quizás a la ficción.

Hoy, yo os la voy a contar con las mismas palabras que las oí de mi abuelo, y entonces seréis vosotros quienes, revoloteando con la imaginación, os encontraréis como si de un maravilloso sueño se tratara, en aquella época, disfrutando entre pinos y robles, recorriendo los caminos y cruzando los ríos, trepando por las rocas y disfrutando entre las nubes, de las vistas de aquel pueblo llamado La Granja de San Ildefonso.

En el año 1765 aproximadamente, en La Granja, que contaba con una de las fábricas de vidrio más importantes de Europa, la producción de este material estaba en auge, y gracias a los extensos bosques que ocupaban prácticamente la totalidad de la sierra, se podía abastecer ampliamente de materia prima, la madera, para mantener los hornos en funcionamiento, el oficio de los leñadores en el monte de la zona y de los pueblos cercanos, era sumamente importante, y Martín un joven de 21 años muy trabajador y amante de este arte, nacido en una pequeña aldea llamada Valsaín, dedicaba su vida desde niño a esta antigua profesión tan necesaria en aquel momento.

Martín, vivía con su padre y su hermano de 13 años en una pequeña cabaña de madera y piedra, a la orilla del río Eresma, a un par de km de aquel pueblecito, cuyas gentes habían construido sus casas alrededor de las ruinas de un antiguo palacio del siglo XVI. Su madre murió hacía años de una fuerte gripe durante uno de los inviernos más duros que se podían recordar, y desde entonces, Juan, el padre, se encargaba de sacar adelante a la familia y los innumerables quehaceres del hogar, por supuesto, siempre con ayuda de sus dos amados hijos.

Todas las mañanas muy temprano, salían montados cada uno en su caballo, acompañados de un mulo bien fornido que tiraba de una pequeña carreta en la que llevaban las herramientas necesarias para la labor en la montaña, dejaban la casa bien protegida al cuidado de Tara y Cor, dos perros pastores vascos muy fieles e inteligentes. Aunque sin ser común que los bandoleros asaltaran el hogar de trabajadores, toda precaución era poca, por lo que Juan había enseñado a los perros, en caso de que algún intruso entrara en la finca, a que soltaran un pestillo que accionaba un mecanismo por el cual la rueda del pequeño molino de la casa, hacía sonar una campana que podía oírse a varios km en el valle.

Cuando llegaban a la zona de trabajo, amarraban los caballos y cada uno con su azada, comenzaban a limpiar el suelo para facilitar el trabajo de tala, cepillado y apilado de los troncos según tamaños, etc. Con el mulo Jacinto todo era más fácil, pero tenían que hacer varias paradas a lo largo de la jornada, pues era una labor bastante dura y no podían permitirse el lujo de acabar heridos o demasiado cansados, y perder el trabajo en los posteriores días, ya que las entregas eran estrictas. Manuel, el hijo pequeño, aún no podía llevar un ritmo suficientemente productivo, pero a veces se esforzaba más que ninguno, Juan, orgulloso de su hijo, solía recompensar al pequeño aprendiz con la tajada más grande de chorizo, jamón y queso que hubiese caído ese día en el morral.

Hacia solo un mes de la llegada de la primavera, pero en la sierra el clima era tan cambiante que un día podía hacer un calor sofocante y a los dos días llover a mares o ponerse a nevar, así que, en esta época, procuraban aprovechar los días buenos para despejar los caminos y acumular los troncos ya talados en las vías principales para su recogida y envío al aserradero por medio de los equipos de la Corona. Ésta, había adquirido a través de la venta forzosa a la Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia los pinares y robledales de todas las zonas colindantes para garantizar el suministro de leña a la Fábrica Real.

Eran días tranquilos, en los que uno podía sentarse sobre un tocón y disfrutar del almuerzo sin muchas prisas, y en ocasiones incluso darse un paseo para recoger los manjares que el majestuoso bosque les ofrecía, entre muchos, los deliciosos hongos y setas, y por supuesto lo que más gustaba a Manuel, pescar un par de buenas truchas arcoíris para la cena.

Era una bonita y fresca mañana de sábado, ya en mayo. Los sábados, solo trabajaban hasta las 12 o 13 de la tarde, momento en el que regresaban al valle para comer junto con otros leñadores que vivían en el pueblo y con los que tenían muy buen trato, uno de ellos Fernando, el hermano de Berta la mujer de Joaquín y madre fallecida de los muchachos, era además herrero, y había construido una especie de parrilla portátil en la que asaban algún conejo, y se pasaban media

tarde conversando, comiendo y bebían vino hasta que caían dormidos sobre el manto de flores y hierba fresca junto al río.

Pero esta mañana fue un poco diferente para Martín, diferente y especial, pues ocurrió algo increíblemente inesperado para él, lo que pasó, le cambió la vida por completo.

Mientras su padre y su hermano ya habían recogido y le esperaban para volver a casa, éste a grito pelado, desde la base de una pedriza un poco alejada del camino, donde había estado escuchando un misterioso canto de pájaro, que nunca antes había oído, les avisó de que se retrasaría un poco, que emprendieran el camino, que él les alcanzaría más adelante.

Martín quería descubrir qué ave cantaba con aquel maravilloso tono, que más parecía ser la voz de un ángel de fantasía que un animal con pico y plumas.

Siguió avanzando entre granito escarpado y zarzas, ayudándose de su azada, y trepando, agarrándose con los dedos metidos en las finas grietas, sin despistarse de seguir aquella dulce melodía. Los grandes pinos habían quedado atrás y ahora frente a él unas rocas erosionadas que parecían monolitos esculpidos por los dioses, espléndidas salían de la tierra a ambos lados de una estrecha senda que se alargaba hasta llegar a la parte más alta, los robles crecían muy cerca unos de otros y la frondosidad de los helechos apenas dejaban ver a pocos metros más allá de la serpenteante e insólita ruta.

Por momentos, el joven leñador, creía perder la noción del tiempo y el espacio, pero la naturaleza envolvía su cuerpo, le atrapaba la belleza y su curiosidad cada vez era mayor, así que sin pensar en que debía regresar con su padre y su hermano, prosiguió escudriñando bajo las ramas retorcidas de los árboles sin dejar de escuchar aquel embaucador canto, hasta descubrir una cacera cuyo cauce emergía de una gran piedra de varios metros, y el discurrir del agua cristalina la atravesaba por una hendidura en forma de arco, aparentemente escavada en su base y decorada con hermosas runas.

Fuera lo que fuese que emitía aquel maravilloso canto, parecía haberse escondido en el interior de aquel agujero, el hueco de entrada era bastante pequeño y húmedo, recubierto de musgo y líquenes. Seguramente, si conseguía entrar y después salir, acabaría completamente mojado y congelado pues el agua de los ríos y fuentes de la sierra parecían provenir del mismísimo Polo Norte, pero Martín, ni corto ni perezoso se dispuso a entrar. Se dijo: ya que he llegado hasta aquí, ¿no voy a continuar?

Agachándose prácticamente rozando su pecho la superficie del agua, y apoyándose con manos y pies en los guijarros que aparentaban ser menos resbaladizos, consiguió adentrarse en el interior de la cueva. Avanzó sigiloso y con algo de incertidumbre y miedo ya en el cuerpo. El corazón le latía muy veloz, y la cada vez más negra oscuridad y falta de aire le estaban agobiando, y sumiendo en un estado de nerviosismo y claustrofobia, hasta que tras varios metros avanzando prácticamente arrastrándose, llegó a una zona en la que era posible erguirse un poco, y en la que una tenue claridad le permitía ver que estaba avanzando hacia una zona más amplia. Justo al incorporarse completamente, pudo ser testigo de una de las imágenes más increíbles que ni él ni nadie hasta la fecha podían haberse imaginado observar en toda su vida. La cueva, se había convertido en una gruta, cuya estructura interior estaba completamente decorada con preciosas estalactitas por las que el agua se escurría deslizándose desde arriba a través de los riachuelos que se filtraban entre las pequeñas grietas del techo, y que a su vez, también dejaban entrar delgados rayos que el sol enviaba desde su posición en lo más alto del cielo, estos, se refractaban en los cristales calcáreos de colores a lo largo y ancho de toda la estancia creando un maravilloso ambiente de fábula. Ahora se podía contemplar casi en plenitud y se dejaban ver numerosas cavidades que parecían vacías, como nidos abandonados de golondrinas hechos con minúsculos cristales de cuarzo. Las paredes cubiertas de caprichosas plantas que evocaban hermosos jardines colgantes, y las raíces de los árboles recubiertas de finas capas de minerales depositados por el continuo recorrer del agua, se retorcián entrando y saliendo de la roca como si fueran los dedos de unas manos gigantes intentando proteger aquel alucinante espacio.

El canto había cesado, en su lugar podía oírse el agua fluir entre las rocas como un xilófono celestial, y de fondo el sutil quejido de una voz muy femenina.

Quiso seguir el rastro sonoro de aquel sensible lamento, cuando de repente, la figura delicada de una bonita mujer apareció frente a él como por arte de magia. El joven dio un salto hacia atrás y cayó de culo en el agua, salpicando a todas partes mientras intentaba mantener la calma y gritaba: ¿Quién eres?, ¿quién eres tú? Ella respondió con voz tenue y denotando dolor y rabia, me llamo Saturnia Isabellae, soy la reina hada de esta montaña, y tú, insensato humano, has cortado una de mis alas con tu terrorífica herramienta mientras segabas la vegetación. Ahora apenas puedo volar, y soy la única esperanza para preservar el bosque este año. ¿Cómo voy a ayudar ahora al espíritu de la madre tierra, que me concedió el privilegio de ser la protectora de esta hermosa sierra, en la ardua tarea de mantener el equilibrio entre fauna, flora, agua y piedra?

¿Tú me has traído hasta aquí? Respondió el joven titubeando, entre salir huyendo o quedarse inmóvil y ponerse a llorar.

Sí, respondió ella, debes pagar por lo que has hecho, y hacerte cargo de mi tarea esta primavera, hasta que mis hermanas regresen de otros bosques, y puedan sanarme y ayudarme con su magia a recuperar el ala que he perdido ¡por tu culpa!

Beberás el agua de este manantial y pasarás aquí la noche, mañana, te habrás convertido en mariposa, y no podrás volver a casa hasta que el sol en verano caliente con más fuerza. Saldrás de esta cueva cada día al atardecer cuando la luna comience a brillar en el cielo, y volarás entre pinos y robles, cedros y abetos. Sobre los ríos y las fuentes, entre las piedras y sendas de los animales, sobre las cornamentas de los corzos, las madrigueras y los nidos de las aves. Deberás posarte en las flores, en los brotes tiernos de las hojas, en el musgo y en las zarzas. Volarás a oscuras con la niebla y bailarás con las gotas de lluvia hasta el amanecer, y regresarás aquí cada mañana, y serás de nuevo tú, para cuidarme, descansar junto a mí, y recargarte con la energía de la naturaleza. No podrás dejar que los ojos de tus semejantes te vean, pues este encantamiento, funciona solamente si las personas no te ven, si alguna te viese, nunca más podrás recuperar tu aspecto humano, ni siquiera al llegar aquí al alba, ni siquiera con la magia de las ninfas. Tus alas serán verdes como la hierba, surcadas con estrías marrón cobrizo. Tendrás cuatro como un hada, y cada una estará decorada con un círculo de colores, las alas posteriores tendrán unas llamativas colas alargadas para diferenciarte de cualquier otra mariposa del bosque. Los espíritus de la noche te reconocerán y te llamarán Graellsí, y atenderás a sus exigencias por el bien de la montaña y todo lo que en ella nace, crece, vive y muere. Cuando hayas pagado tu deuda, podrás volver con tu familia a tu mundo, y jamás regresarás, olvidarás este lugar, pero no lo que aprendiste en él.

El joven muchacho no daba crédito a lo que estaba ocurriendo, pero las firmes palabras, la mirada sincera y la belleza de Isabellae, ya le habían convencido completamente de que aquel episodio en su vida solo podía ser una gran realidad digna de los milagros del infinito universo...

Cuenta la leyenda, que el joven leñador nunca regresó a casa, se enamoró de Isabellae, y los dos juntos siguieron primavera tras primavera protegiendo el bosque. Su padre y su hermano lo buscaron durante mucho tiempo, pero solo encontraron el trozo de un ala muy extraña que guardaron de recuerdo como una señal de esperanza. Y aunque jamás volvieron a ver a Martín, todos los días al ir a trabajar, sentían su presencia entre los árboles. También cuenta la leyenda, que, en las noches de primavera y principio del verano, cuando el cielo está más despejado y la luna llena ilumina el cielo como una gran farola, si vas al bosque

con respeto y el corazón puro, quizás la reina hada, te permita ver a la mariposa de la luna en la Sierra de Guadarrama.

2º premio de Relatos del V Certamen de Narrativa, 2021



El leñador y la reina de la montaña
Sol Ramos

Dos leyendas

Por Lagun

Autora: Ainhoa Sarrías Adalid

A lo largo de estos años me han llamado de todo: Aparición, fantasma, sirena, lamia, hada, bruja de la montaña, pastora de la Laguna... Creo que lo de pastora de la Laguna es lo que más me gusta y en lo que mejor me reconozco.

El oficio de pastora me vino de familia, y la verdad es que siempre se me dio bien, me gustan los animales, todos los animales, cuidarlos y protegerlos. Ya siendo niña, en el pueblo, me encantaba acompañar a padre a llevar a las ovejas a pastar. Las conocía a todas perfectamente. Cada una era diferente y tenía sus peculiaridades, su carácter, sus manías, y yo entendía mejor que nadie lo que querían decirme por medio de sus balidos, de su forma de moverse y de frotar la cabeza contra mis piernas pidiéndome mimos. Así que en cuanto padre empezó a hacerse mayor y las rodillas y la vista empezaron a fallarle, yo me hice cargo del cuidado del rebaño.

Con frecuencia echaba a andar monte arriba, horas y horas, atravesando los pinares y remontando senderos entre jara y matorral hasta llegar a la Laguna de Peñalara, la Laguna Grande. De entre todos los lugares a los que solía llevar al rebaño a pastar, aquel era sin dudarle mi favorito. La hierba de aquellos pastizales nacía tierna y suave, llena del aromático frescor alpino de la montaña. Las ovejas y sus borreguitos disfrutaban mordisqueando golosamente brotes y flores silvestres mientras yo me dedicaba a disfrutar de aquellas maravillosas vistas, los picos de Peñalara y Hermana Mayor reflejándose sobre la superficie de espejo de la Laguna. Todos mis sentidos se abrían entonces hacia la vida que rebullía a mi alrededor. Cantaban los pájaros, el aire era puro, casi balsámico, y águilas y buitres negros planeaban mansamente en lo alto, sobre los riscos

Una de aquellas tardes me entretuve más de la cuenta en la pradera y se hizo tarde para volver a casa. Hacía frío ya y los días eran cada vez más cortos. Pronto las laderas estarían cubiertas de nieve durante meses. El agua de manantiales y lagos dejaría paso al hielo, formando preciosas esculturas de cristal. Soplaba un aircillo cortante. Empecé a dar voces y silbidos para agrupar a las ovejas, y mientras iba poniendo en movimiento al rebaño las fui repasando con la vista para comprobar que estaban todas y ninguna se quedaba rezagada. Fue entonces cuando eché de menos a uno de los corderos más jóvenes, y volví la vista hacia atrás, preocupada.

El cielo se estaba poniendo cada vez más oscuro y sabía que tenía que emprender el camino de vuelta ya mismo, pero me resultaba imposible dejar allí, a merced de la noche y de los peligros, al pequeño cordero. Cuando escuché sus balidos y sus chapoteos desde el agua, no me lo pensé y eché a correr hacia la Laguna adentrándome en su negrura.

El agua no es que estuviera fría: estaba helada. Me pinchaba sin piedad como miles de pequeños alfileres clavándose todos a la vez, congelándome las piernas y los brazos. Mientras braceaba e intentaba tantear, a ciegas, al cordero perdido, sentía que me iba hundiendo bajo un remolino de sueño y agua helada y negra. Y eso fue todo lo que recuerdo de mi vida anterior. Breves instantes.

El paso al otro lado no es brusco ni causa dolor, al menos así lo viví yo. Tan solo es raro, extraño, es como atravesar una membrana acuosa y flexible. Al cabo de un rato sientes ligereza y vacío, y te das cuenta de que ahora que estás muerta el mundo ha cambiado para ti. Los colores son diferentes, un poco menos brillantes, y los sonidos llegan como amortiguados. Moverse se hace raro porque no pisas el suelo, de alguna manera te deslizas sobre él.

No sé cómo volverían las ovejas a casa, pero intuyo que supieron volver, las ovejas, en contra de lo que se dice, son muy listas. Incluso el cordero perdido, que finalmente consiguió salir del agua, supo volver a casa. Padre y madre se quedarían muy preocupados y me entristece pensar que después se quedarían completamente solos, porque yo era su única hija.

Durante mucho tiempo me sentí culpable por no haber sido más prudente y darles este disgusto, pero pienso que padre, que había sido pastor, seguramente acabó entendiéndolo: él, como yo, amaba a los animales, y es imposible no arriesgarte por aquellos seres a los que quieres. Creo que él hubiera hecho lo mismo.

Lo peor, al principio, fue acostumbrarme al frío y a la oscuridad del interior de la Laguna. Con el tiempo he descubierto que bajo la superficie existe otro mundo subacuático misterioso y oculto a la vista, y he asumido su reinado, y, con él, la misión de cuidar de que nada amenace su calma eterna.

Durante el día, cuando luce el sol en el cielo, permanezco debajo del agua, tomo forma y velocidad de corriente y recorro su fondo sin cesar en toda su extensión, exploro cada rincón y cada pequeña oquedad, como una sirena de agua dulce, vigilo y cuido de que todo esté en orden.

Cuando llega la noche es mi momento de salir al exterior. La luz de la luna no da calor, como la del sol, pero es la única que ahora puede iluminarme. La

pradera de la laguna parece de plata bajo sus rayos, y a ella se acercan ciervos, zorros, jabalíes, topillos... Ululan las lechuzas desde el bosque cercano. A lo lejos aúllan los lobos.

Solo hay una noche del año en la que soy visible a los ojos de los demás, y es la noche de difuntos. Así comenzó mi leyenda, a base de avistamientos, y eso que realmente es muy poca la gente que me ha visto de verdad y mucha la que se ha sugestionado y se ha imaginado verme. Algo parecido le ha pasado a Fernando con su leyenda, y es que a veces no somos dueños ni de la propia historia que nos ha hecho protagonistas sin buscarlo ni pretenderlo.

Las cosas ocurren a menudo así, por pura casualidad, no hay lógica ni razones que lo expliquen, simplemente suceden, y nuestro encuentro fue una de esas casualidades caprichosas de la vida. O de la muerte, según como y quien lo plantee.

No me gusta dejarme ver, la reacción de la gente normalmente nunca es buena. Pero aquel hombre encorvado, sentado sobre las piedras, parecía cansado y triste, casi tan solo como yo. Calentaba sus manos frente a una pequeña hoguera que alimentaba con ramitas secas. Me acerqué despacio y me senté junto a él. Aunque no podía sentir el calor del fuego, el chisporroteo de las llamas me traía recuerdos de tiempos pasados. Comenzamos a hablar de nosotros.

Aquella noche Fernando, según me fue contando, se encontraba bastante desanimado. Con los años van llegando las crisis, y al echar la vista atrás no sabes exactamente en qué momento exacto la vida se va torciendo y te va alejando del camino recto. Si fue por desamor, por hartazgo o por afán de aventura no lo tenía del todo claro, solo sabía que llegados a este punto la vida de bandolero cada vez le pesaba más, que echaba de menos a sus padres, ya mayores, y que recordaba con mucha nostalgia sus años de niñez y juventud en Santo Domingo de Pirón, su pueblo.

Siempre fugitivo, sin poder echar raíces en ningún sitio ni establecer una familia a la que proteger y en la que apoyarse. Sin nadie en quien confiar. Últimamente sentía que hasta los de su banda le estaban fallando. Fernando sospechaba especialmente de uno de ellos al que le llamaban *el Madrileño*, su instinto le decía que debía tener especial cuidado con ese tipo. Muy serio, me contó como pasaba las noches escondido en su cueva secreta del árbol, pensando que cualquier día le atraparían allí dentro desprevenido e indefenso, y apenas podía dormir, porque la idea de la traición le obsesionaba. Precisamente pensando en estas cosas había pensado buscar un nuevo refugio por los alrededores de la Laguna. Le dolía tener que dejar el escondite del olmo de Rascafría, pero estaba seguro de que cualquier día *el Madrileño* soltaría un chivatazo.

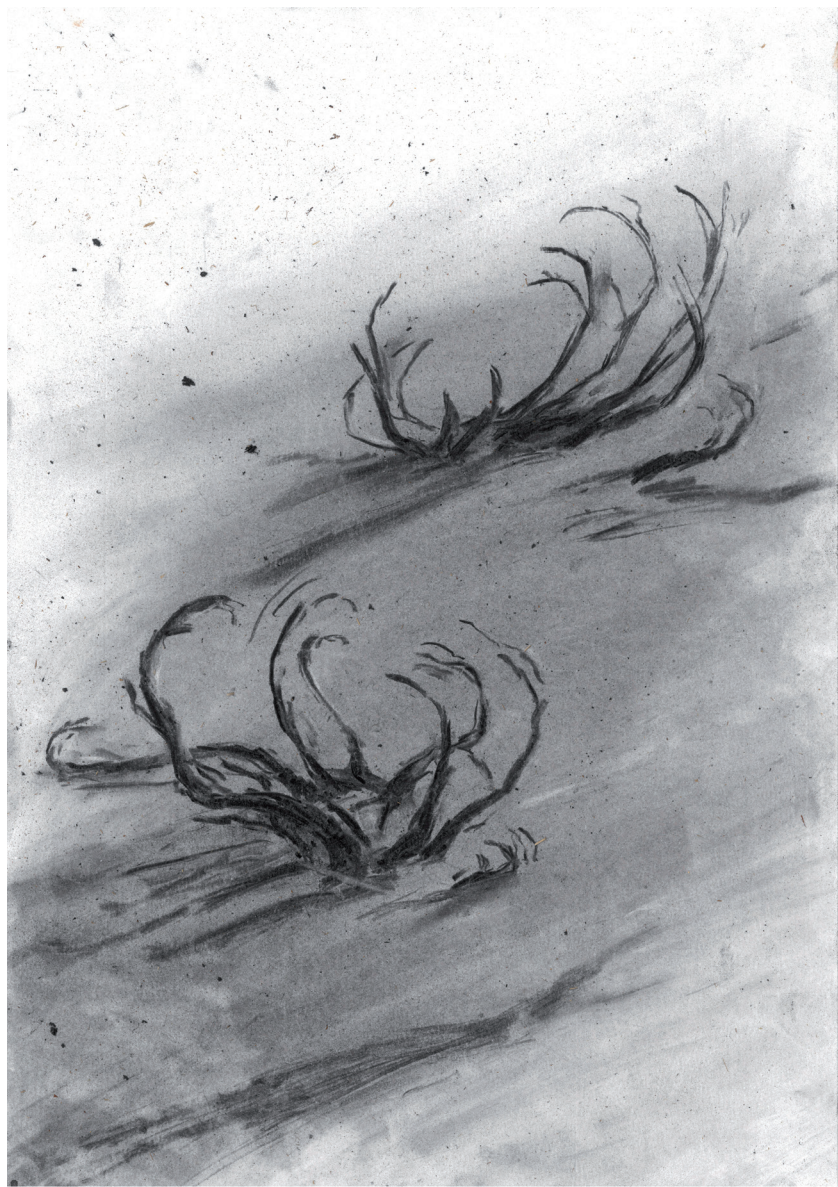
Los días de asaltar carruajes y diligencias por las cañadas a punta de trabuco iban quedando cada vez más atrás. Ahora prefería ir solo, robaba lo justo y solo allí donde sabía que sobraba y que no se pasaba necesidad. Me confesó que esta había sido una de las razones de las desavenencias con *el Madrileño* y con el resto de los demás bandoleros. No estaba orgulloso de haber elegido vivir al margen de la ley, pero el, que había nacido en una familia muy humilde, tenía muy claro que por nada del mundo privaría de su sustento a ningún necesitado, aunque eso significase dormir muchas noches con el estómago vacío.

Tenía además sus debilidades, y sonreía cuando me lo contaba. Una de ellas son los animales, que le gustan mucho, y eso es algo que los dos tenemos en común. La otra, son los niños. Con emoción, Fernando me contó uno de los recuerdos más especiales que conservaba: el de aquel día en que se encontró por los caminos, muy temprano, a un chiquillo conduciendo un burrito, temeroso hasta de su propia sombra. Fernando le preguntó: ¿A dónde vas tan temprano, chico? Y el niño, atemorizado, le respondió: Trato de evitar al *Tuerto Pirón*. Dicen que si le encuentro me robará el borrico y el cereal.

Entonces a Fernando, según me dijo, se le humedecieron los ojos y sintió una punzada de ternura. Sacó dos monedas de oro de su bolsa, de las del último pillaje, y se las alargó: Toma. Así no podrás temer que *el Tuerto* pueda robarte porque *el Tuerto* soy yo.

Lo peor de estar muerta, al principio, fue acostumbrarme al frío. Pero el frío, como el dolor, no dejan de ser sensaciones físicas a las que te acostumbras, y una vez que me acostumbré, lo peor comenzó a ser la soledad. La soledad de la eternidad puede llegar a ser insoportable.

De todas formas y tomando distancia para pensarlo, el tiempo es a la vez eterno y a la vez un instante. Casi ha pasado un año desde nuestro primer encuentro. Los días han pasado volando. Hoy es 31 de octubre y volveré a hacerme visible de nuevo, ese pequeño milagro que me sucede de año en año. Si todo va bien y ha conseguido evitar que le apresen, Fernando estará esperándome esta noche, fuera del agua, sentado en alguna piedra al borde de la laguna. Entonces podremos charlar de nuevo durante una noche entera, hasta que casi amanezca, y hacernos compañía mutuamente. A él no le importa que yo esté muerta ni a mí que él sea un bandolero, simplemente no nos hacemos preguntas. Somos dos solitarios extraños convertidos en leyendas de la Sierra.



Sin título
Petra Silveira



Retrato de un gabarrero
Juan José Martín Encinas

***Tradiciones ya casi
olvidadas***

El tío Balbino

Por Navamorcuende

Autor: Luis David San Juan Pajares

El tío Balbino era un hombre bueno, recio y trabajador, como lo suelen ser los mejores hijos de San Rafael.

Pero el tío Balbino tenía algo diferente: tenía encanto, ironía, no sé, algo que hacía que los cuatro mocosos del pueblo nos arremolináramos a la puerta del estanco de la Juanita nada más le veíamos entrar. Cuando salía, se las daba de muy digno y distante, pero al poco se las apañaba para sacar del bolsillo de la chaqueta un caramelo para cada uno de nosotros. ¡Caramelos de la Viuda de Solano! De café con leche las más de las veces y, cada tanto, uno de toffee, ahí es nada: el premio mayor.

Acostumbrados a este juego, nos retirábamos orilla de la fuente del parque a dar buena cuenta del botín. Siempre, alguno de nosotros, cuando no todos a una, se hacía el gracioso y remedaba la cojera del tío Balbino mientras le veíamos caminar tranqueando hacia su casa de la calle del Arenal. Él, como desgranando una letanía de ademanes bien aprendidos, volvía la vista y, con una mirada que pretendía ser irritada, blandía su garrota advirtiéndonos muy seriamente de que se había acabado eso de ir a esperarle a donde la Juanita.

Casó el tío Balbino con la Visi, que era prima en no sé qué grado de mi padre, unos años después de la guerra cuando, siendo aún muy joven, ya llevaba un tiempo de peón caminero y se manejaba bien en el oficio a ambos lados de la sierra. La Visi fue una gran mujer. Siempre en un segundo plano, pasando por la vida como de puntillas, era la perfecta compañera de Balbino. Fueron una pareja que nunca hizo ruido. Tan poco, que Dios no los bendijo con hijos a los que entregar su cariño, que me figuro lo tendrían contenido por ahí dentro, en esos rincones del alma a los que nadie tiene acceso y que, no siendo como ellos eran, se enmohecen sin remedio con el paso del tiempo.

Una tarde de Navidad, el tío Balbino vino a merendar a casa. No llegaría yo a los 12 años; él era otro niño de más de 50.

— ¿Ha traído caramelos, tío?

- ¡Vaya por Dios, Luisito! Se me han olvidado en el *sobrao*... Pero mira, te propongo un juego. Si me ganas, me vuelvo al pueblo ahora mismo y te traigo caramelos y mazapanes. Pero si no, el que me invitas eres tú.
- ¿A qué vamos a jugar?
- Salimos corriendo desde aquí y el primero que ponga un pie en la pared del final del pasillo gana. ¿Listo? ¡Ya!

Tiempo me faltó para recorrer los escasos ocho metros que nos separaban de la pared y plantar el pie en ella. Sin alterar la postura, vi al tío Balbino renquear en el recorrido exagerando su cojera y, al llegar al final, apoyando la garrota en el quicio de una puerta, se agachó, se quitó un zapato y el calcetín y, sin ninguna prisa, se apoyó en mi hombro, levantó la pierna mala y estampó su pie descalzo justo al lado de donde yo había intentado hacer lo propio unos segundos antes manchando el papel pintado con la suela de mi zapatilla.

Nada más acabar la guerra, Balbino consiguió plaza en Obras Públicas como peón caminero. Como buen mozo que fue, tuvo mucho que ver en la construcción de las carreteras y caminos de la falda de la sierra, sobre todo en la provincia de Madrid: Guadarrama, Cercedilla, El Escorial, Alameda y no sé cuántos otros pueblos de la zona. El tío los repetía de corrido, como la lista de los reyes godos, terminando siempre con un “y San Rafael”, a donde logró que le destinaran con el tiempo.

Allí hizo vida y, por fin, pudo casarse con la Visi. Ocuparon un tiempo la casilla de Gudillos, la que vigilaba la subida al puerto. Después, la de *por cima* del Caloco y, al cabo, la de Villacastín, sobre el río Piezga. Lo que no vinieron fueron hijos.

- ¿Y qué hacía allí, tío Balbino?
- Vigilar los caminos en invierno y rozar las cunetas en verano, hijo.
- ¿Tenían tele en las casillas esas?
- Teníamos frío. Tu prima más que yo, cuando la dejaba sola allá, a veces dos o tres días enteros para irme con la cuadrilla a la faena. Eso sí, nunca le faltó buena leña para la lumbre y los fogones. Yo era la pesadilla de los pinares, Luisito. ¡Hasta el pino más robusto y erguido temblaba cuando me veía aparecer con el hacha!

Y sacudía la garrota en derredor suyo a la altura de mi cabeza, obligándome a agachar a cada fingido mandoble.

A finales de los cincuenta, Balbino fue nombrado capataz y, al poco, destinado de nuevo a Guadarrama como servicio de apoyo para la construcción del túnel. El ministerio le concedió una motocicleta y, dos años después, tras el accidente del que nunca quiere hablar, una declaración de incapacidad y una jubilación anticipada. Entonces, el tío Balbino y su pierna mancada dejaron para siempre la sierra y sus casillas y dieron con sus huesos en el pueblo de su mujer. Llegaron las idas al estanco de la Juanita, las partidas de tute en el bar de Faustino y las fingidas bravatas con la chiquillería al tiempo de recogerse.

Los mejores recuerdos del tío Balbino los tengo de aquellos impagables ratos en que me dejaba caer por el pajar donde se refugiaba todas las tardes y que, a base de robar tiempo al tiempo, había logrado convertir en garaje, trastero, taller y santuario particular.

Un sin número de cántaras, *uncios*, sogas, garios, sillas sin data... aguardaban su turno junto a bicicletas y carretillas cojas como su dueño esperando ver mejorado su aspecto con una lija o una capa de pintura. Los botes de minio y de otros mejunjes, en frascos que nunca habían conocido etiqueta alguna, intentaban abrirse hueco entre tal variedad de herramientas que nadie hubiera podido nombrarlas cabalmente sin tener que volver a empezar más de una vez.

Mientras Balbino me mostraba sus últimas obras de arte (un celemín recién barnizado y con remaches nuevos; un trillo de Cantalejo vuelto a la vida con nuevas lascas talladas por él mismo; unas láminas con escenas antiguas de gabarreros enmarcadas tras un cristal para adornar el comedor del primer cristiano que se lo fuera a pedir...), me hablaba, entre cigarro y cigarro, de su vida en las casillas y en las cunetas de los caminos. Más de veinte años de oficio truncado, devanados sin prisa entre el aroma del tabaco, el de docenas de brochas empapadas en aguarrás y el de las cuatro matas de tomillo traídas del monte el día de San Antonio, amarradas en un solo hato a un gancho de matanza que pendía del techo.

En primavera —me decía— íbamos con esportillas y pisones mal remendando los caminos de macadán y zahorra que, sin remedio, volvían a criar roderas con las lluvias del otoño. Y vuelta a empezar, Luisito.

Lo peor de todo eran las ropas que nos hacían llevar: el chaleco que siempre quedaba holgado, la chaqueta de paño que podía pasar por un nido de chinches y

el impermeable que, a fuerza de enganchones con la broza de los caminos, atraía la lluvia más que te guarecía de ella.

Pero lo mejor era el desplazarse en bicicleta con la cartera de piel como si la tuya fuera, bien arrimada a un costado para lucir la chapa de caminero. ¡Una autoridad, Luisito! Hazte cuenta de lo que era aquello: todos nos dejaban el paso franco al entrar en los pueblos. Y los días que venía el ingeniero a pasar revista, ahí sí que presumíamos de trabajo bien hecho y de uniforme. Una tarde entera se pasaba la Visi, la pobre, expurgando los pantalones de puntas de espigas, zurciendo el chaleco y lustrando los botines. ¡Buena labor, sigan así!, nos decía el inspector.

— Tío, fuma usted más que un carretero.

— ¡Qué *jodío* Luisito!: que un caminero, querrás decir.

Hasta que al tío se le quitaron las ganas de repintar aperos. Un verano, lo poco que salió de casa fue para sentarse a la piedra, sosteniendo con ambas manos la garrota que apenas dejaba mover atrapada entre sus rodillas.

— Luisito: para los santos, me voy con la Visi a la residencia de El Espinar. Ella ya no puede cuidarme a mí y yo no puedo cuidarla a ella.

En mis frecuentes visitas antes de perderlos para siempre, me hacía a la idea de que, de alguna manera, los dos habían retornado a aquellas interminables horas de espera sencilla, sin hijos, al amor de la lumbre de una casilla de camineros. A la última casilla de esa sierra áspera, como la vida, que ambos conocían tan bien. Y me figuraba que yo, por un rato, lograba ser partícipe de esa soledad compartida.

Sólo cuando la enfermera acudía con el zumo y la medicación y se llevaba a la Visi a dar el paseo prescrito para sus piernas, el tío Balbino volvía a ser el diablillo que se escabullía en el pajar a la vuelta del estanco. Sus ojos bailones buscaban mi mirada cómplice y, al momento, palpaba con la ilusión de un niño el paquete de tabaco que le había deslizado en el bolsillo de la bata.

Pero sin avisar, de a poco, el tiempo fue llevándose el ánimo y las chanzas del tío Balbino. Sentado en su sillón, cubierto éste ahora con una suerte de plástico desechable, apenas me respondía cuando le recordaba sus tiempos pasados en los caminos de la vida, aguardando calladamente a que llegara la enfermera con el zumo para pedirle, avergonzado, que le cambiara el pañal.

- Tómese la pastilla, señor Luis.
- ¿No han venido hoy mis hijos?
- No. Ya lo sabe. La pastilla, vamos...

Hoy, como tantas otras tardes que gotean ese sopor espeso que nadie más que los viejos arrinconados conocemos, me arrebujo en el sillón de orejas que me dejan ocupar en la residencia, sin hacer caso al volumen del televisor ni al peso del pañal que la enfermera se ha vuelto a olvidar de cambiarme. Solo, recuerdo la bendita soledad del tío Balbino, cierro los ojos y me engaño haciéndome a la idea de que mis hijos contienen la risa apoyando los pies sin descalzar en la pared mientras yo, cojeando, me voy acercando a ellos con un zapato en la mano.

2º premio de Relatos del II Certamen de Narrativa, 2018



El tío Balbino
Maribel Tobaruela

La niña y el Yelmo

Por El Niño

Autor: Daniel Nieto Núñez

La Niña, no era una niña, era una perra. El pastorcillo la llamaba así en recuerdo de su abuelo, Juan *el Niño*, aunque sabía que a mucha gente del pueblo no le parecía bien eso de llamar niña a un animal. Pero a él le daba igual. Él, como su abuelo, también era *el Niño*, Manuel *el Niño*, no sólo porque tenía once años, sino porque había heredado el sobrenombre de su abuelo Juan, así que, como él, sería niño durante toda su vida, por mucho que viviera.

Manuel y la perra, niño y niña, despertaron aquella mañana antes de lo habitual; quizá porque ya llevaban muchos días en el monte y aquel domingo tocaba bajar al pueblo, donde madre tendría preparado un sustancioso guiso que calmaría el cantar de tripas que acompañaban a pastor y animal durante los últimos días en la majada, pues lo poco que subía Manuel del pueblo en su zurrón no daba para mucho. El niño era huérfano de padre y la madre tenía que hacer malabarismos para alimentarse ella y alimentar a Manuel y sus hermanos.

Así pues, Manuel, desde bien pequeño, contaría con siete u ocho años, tuvo que pastorear el hato para sobrevivir en el monte con la única compañía de las ovejas, la Niña y un enjuto morral que la mayoría de las veces sólo contenía queso rancio y pan duro.

El rebaño no era suyo, sino de un amo, que le pagaba casi un duro al día por mantener corderos y ovejas a buen recaudo. Lobos ya no se veían por aquellos lares, pero no faltaban depredadores que quisieran alimentarse a costa de sus borregos: zorros, gatos monteses y perros asilvestrados eran sus principales enemigos, aunque no los únicos: el águila real apresó más de un corderito delante de sus mismas narices, ante su asombro y su desesperación.

Pero en general la vida allá arriba era tranquila, dura pero tranquila. Sin sobresaltos, los días pasaban unos iguales a los otros: el mismo paisaje austero, la misma compañía silenciosa e incondicional de la Niña, la sempiterna sensación de hambre en el estómago, la misma congoja en el corazón y la omnipresencia de aquel coloso de piedra que llamaban Yelmo o Diezmo, señor de todo aquel caos granítico, al que Manuel gustaba de encaramarse muchas veces, dejando el rebaño al cuidado de su fiel perra.

Desde allí, desde la cumbre del Yelmo, contemplaba absorto las caprichosas formas que el tiempo le había dado a las piedras, las más lejanas cumbres de la Cuerda Larga, los pinares, el incipiente río Manzanares, el buitre negro y el leonado...y, por supuesto, su favorita, el águila real o chivera, como le gustaba llamarla a él.

Podía pasarse horas mimetizado con el colosal domo, sintiendo cómo el cuarzo el feldespato y la mica casi invadían sus enjutas carnes de niño de postguerra. Mientras, poco más abajo, la Niña cumplía con solvencia su labor, esperando paciente a que Manuel volviese a aparecer por la estrecha grieta por donde se había ido.

Así pues, aquel día bajarían al pueblo, donde comerían caliente; Manuel ni siquiera esperaba a que la madre apartase la olla de la lumbre para meterle mano, aun a costa de escaldarse la lengua.

Esos días en el pueblo servían para que el costillar del niño dejase de señalarse tanto y su rostro adquiriese otro lustre. La perra también salía bien parada, pues raro era el día que no se llevaba a la panza algo de las sobras del puchero, que nunca eran muchas, pero sí sustanciosas.

Una vez volvían al monte, volvían también las penurias culinarias, así que Manuel tenía que ingeniárselas para enriquecer un poco su espartana dieta, poniendo siempre buen cuidado en no esquilmar el campo o utilizar veneno, como hacían algunos. Sobre todo recolectaba frutos, cogía setas y, si podía, pescaba alguna trucha.

Pese a su corta edad, Manuel ya se había ganado a pulso la enemistad de algunos de aquellos que sembraban el monte de trampas y estricnina, aquellos que vieron el cielo abierto cuando se crearon las Juntas de Extinción de Alimañas y Animales Dañinos. Muchos se echaron al monte para paliar su hambre, otros aprovecharon también para paliar su sed de sangre. De estos últimos, el peor de todos era Antón *el Alimañero*: el campo entero enmudecía ante su oscura y encorvada figura. Las bestias y las plantas le temían y le odiaban a partes iguales. Hasta se permitía mirar al Yelmo con ojos desafiantes, como haciéndole saber que el único señor de aquellos parajes era él.

Muchas veces vio Manuel, agazapado tras unas retamas o algún tocón podrido, cómo *el Alimañero* desollaba a los raposos vivos para cobrar de la mencionada Junta al entregar su piel.

Eran muchas las ganas que tenía Manuel de bajar al pueblo, pero aquella mañana tenía que hacer algo antes de llegarse a Manzanares: el día anterior había observado la figura enjuta del *Alimañero* encaramarse hábilmente a una pared rocosa donde sabía que el águila real tenía su pollada. Conocía el método del mal hombre: ataba la pata del aguilucho para prolongar su estancia en el nido y surtirse de las presas que cazaban los padres. Finalmente, cuando el animal moría de hambre, le cortaba las garras, que presentaba a la Junta de Extinción a cambio de una recompensa.

Ya lo había hecho otras veces; subía al nido y liberaba al aguilucho del lazo hecho por el gañán, y el animal parecía mirarle agradecido con sus grandes ojos color avellana. El niño se quedaba entonces largo rato observando a la rapaz, maravillado ante un ser tan majestuoso, que parecía creado con el único propósito de enriquecernos la vista y hasta el espíritu al verlo señorear las cumbres, al verlo rascar el espinazo al viejo Yelmo.

Pero aquella mañana lo que vio fue el vuelo de los buitres en torno a algún cadáver a modo de mal presagio. Se le erizaron los vellos y hasta sintió repeluznos al ver aparecer, allá en el alcor, la cainita figura de Antón *el Alimañero*, ensombreciéndolo todo a su paso. Llevaba, como siempre, colgando en la cintura todos sus trofeos, que ese día eran numerosos. Según se iba acercando, el niño pudo ir distinguiendo cómo pieles de zorro, gatos monteses, ginetas y demás pendían y se balanceaban de manera grotesca a cada paso que daba *el Alimañero*. Al llegar a su altura, el hombre mostró con orgullo al chico dos garras de águila y le dijo: "Rapaz, por cada una de estas me dan veinticinco pesetas y si tu perra fuera una loba me darían mil pesetas por su piel, ten cuidado no se vaya a confundir alguien, pues tan grande como un lobo es y la vista a veces engaña" y, como el que no quiere la cosa añadió: "Por cierto rapaz, si ves al que me chafa los cepos y me echa a perder el veneno, ponle sobre aviso, porque a mí poco me da un tiro más que un tiro menos".

La prudencia y la ira pujaron en Manuel. Ganó la segunda alentando al niño para que este obsequiase al *Alimañero* con merecidos adjetivos como asesino, alimaña y un largo etcétera, adjetivos que el adulto no digirió bien, con lo que propinó un fuerte golpe al pobre Manuel. La Niña, como no podía ser de otra manera, se abalanzó e hizo presa en la pierna del hombre, que cayó al suelo chillando de dolor.

Finalmente se oyó un disparo que se extendió por toda la sierra, amplificado por tanta pared de roca. Caín cruzó errante y cojo las tierras del águila dejando tras de sí a un pobre niño apaleado y a una perra de nombre Niña que dio la vida por su amo.

Manuel hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y enterró a su perra allí cerca, en la pradera del Yelmo, donde la lloró amargamente.

Aquel día, el granito del Yelmo se hizo más permeable cuando Manuel coronó su cima y se echó a llorar, absorbiendo parte de sus lágrimas, su pena y su dolor.

Han pasado muchos años y Manuel, que ya es abuelo pero sigue siendo *el Niño* se acerca con paso lento hasta las inmediaciones del Yelmo, donde enterró a su querida Niña. Allí, goza como él sólo sabe de la compañía de la montaña amiga, se adentra en su grieta y se encarama hasta su cumbre, donde se funde con el viejo coloso, le cuenta sus cuitas y hasta escucha su respiración. Manuel alza entonces la vista al cielo y se queda largo rato mirando el vuelo del águila real que ha vuelto a señorear las cumbres, libre ya el campo de la sombra del *Alimañero* mucho tiempo atrás.

El pastor aparece de nuevo al otro lado de la grieta, donde le espera paciente un hermoso ejemplar de mastín al que llama Yelmo. Algunos le dicen que ese no es nombre para un perro, a él le da igual.

2º premio de Relatos del III Certamen de Narrativa, 2019



El Yelmo

Maria Cristina Pollesel Vicenti

Última mirada

Por Hachero

Pierde su mirada el gabarrero en el horizonte verde de sus pinos..., y de sus avatares. Sus recuerdos manan a borbotones. Siente el abrazo de la melancolía, no por épocas pasadas, que ojalá no vuelvan, sino porque día a día el tiempo lo derrota.

Atrás quedan demasiados sacrificios, demasiados sinsabores; su lucha denodada ante la Naturaleza sin clemencia, ante la historia indolente. Antaño, denostado por la sociedad, hoy estigmatizado como héroe, cuando no fue ni lo uno ni lo otro.

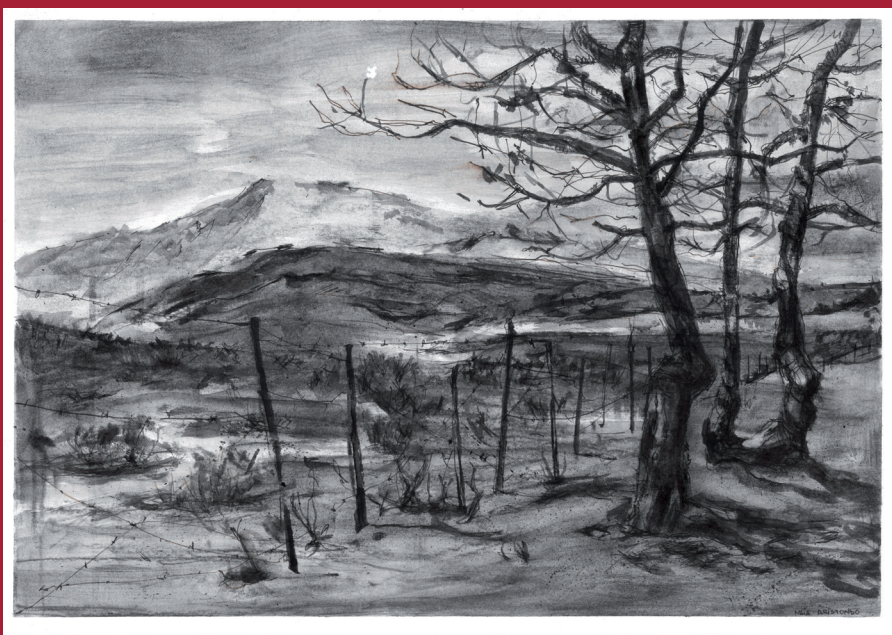
Porque ahora, la imagen bucólica del desconocimiento no advierte que el entorno natural del gabarrero se aleja de sentimentalismos, es salvaje y despiadado. Aún trepida en sus entrañas aquel mundo al que ligó su vida, camino del ocaso.

Sus ojos se cierran... No los quiere abrir. Su última mirada choca con la mole de Peñalara, y se consume en los inconmensurables pinares, que guardan su historia marchita.

Autor: José Manuel Martín Trilla

1^{er} premio del I Certamen de Microrrelatos, 2020





Sin título
Naia Aristondo

Vivencias serranas

Allende y aquende

Por Fuentepindao

Autor: Luis David San Juan Pajares

En memoria de mis mayores, siempre presentes.

A David, en algunas de esas noches lánguidas de verano, como queriendo saborearlas más de lo que pueden durar, le gusta alejarse de la plaza y dedicarse un rato a sí mismo mientras se pierde (es un decir) por las callejas que hay al otro lado de la carretera, tan conocidas desde niño, o cuando se llega hasta la primera talanquera del camino que lleva a la ermita. Desde allí, desde todos los lugares, puede en noches de buena luna ver las siluetas persistentes, pero suaves y alabeadas a la vez, de los Calocos que le separan de Otero de Herreros y de Segovia. Y sabe que, un poco más al sur, el alto de La Casilla lo hace de El Espinar y, al cabo, de Madrid.

Ahora, David no puede alejarse tanto del pueblo como lo hacía algunos años atrás: tiene el tiempo tasado. Su hijo Mateo juega y alborota en la plaza hasta que su padre vaya a buscarle para recogerse juntos.

Mateo disfruta en su pueblo, del que tanto presume ante sus compañeros de colegio. Su padre, aunque no nació en Segovia como él, se ha criado en Navas de San Antonio, por empeño del abuelo Luis que, atravesando el puerto de Guadarrama verano tras verano y un sinfín de fines de semana, volvía a traerle a su tierra, a sus raíces. Ahora, es Mateo el que, como su padre hace cuarenta años, hace el zascandil alborotando por las escuelas, en las casas que llaman de El Rodeo y en el parque de la iglesia. Y cuando se junta toda la cuadrilla, las más de las veces orilla de la casa del Logi, amontonan las bicicletas en la acera y todos los críos en racimo hablan por *WhatsApp*, comparten videos de *YouTube* y se parten de risa los unos con los otros.

Del tío Mariano no se sabe mucho, como es natural. A la fuerza, tuvo también que bichear en el pueblo de niño. Nació reinando Isabel II y ya desde mozo aprendió a atender el ganado y a labrar la tierra a este lado de la sierra para recoger lo poco que aquélla pudiera traer. Como tantos, entonces.

Pero, según dicen, el joven Mariano era inquieto. Fue en el pueblo el único que en su tiempo se aventuró, al modo de los antiguos arrieros, a llevar el ganado propio y ajeno a las ferias para probar fortuna en el trato. Varias veces se

llegó hasta Ávila. Sólo en dos ocasiones atravesó el puerto de Guadarrama para conducir las bestias hasta Colmenar. En la última de ellas, le acompañó su hijo Atanasio.

Ya mayor, al tío Mariano le gusta recordar esos viajes allende el puerto. Sobre todo, ahora que su hijo se ha hecho cargo de las vacas y de los campos. Apoyado en una portera del camino de la ermita, más acá de la primera talanquera y mientras lucha por prender un cigarro, le da por pensar qué puede ofrecer la vida al otro lado del Guadarrama. ¿Qué vida cabe esperar en la capital? ¿Para quién podrá ser?

Atanasio ha vuelto a las Navas. Cuando de noche sale a correr los perros por el camino de la ermita y mientras los espera recostado en la cerca frente al campamento, se recrea en sus recuerdos a este y al otro lado de la sierra. A su padre Mariano, a pesar de haberla traspasado, la sierra le separaba de lo que hay más allá. Para él, para Atanasio, llegó a convertirse en una forma de vida.

Recuerda sus primeros viajes a Ávila, a Colmenar, y al propio Madrid. A pie y después con carros. Con buenos avíos o con lo puesto, según; durmiendo al raso en verano o mal pasando la noche en alguna cuadra, rilando y procurando algo de calor entre las bestias. Algo después, ya pasado lo de Cuba, Atanasio puso casa en San Rafael, al pie de las primeras cuestas del puerto de Guadarrama, en el lugar que aún llaman de Arroyo Mayor. Allí se asentó y se fue ganando la vida con el *uncio*, como le gustaba decir. El puñado de bueyes que compró los ofrecía como cuartas a los arrieros que venían de la meseta para reforzar las yuntas que traían, demasiado ligeras para alcanzar por sí mismas el alto del León. Así, subiendo con carros y arrieros y bajando él solo con sus bueyes, pasó no menos de veinte años.

A fuerza de tratarles, a muchos de esos hombres los tenía como amigos. Más de uno hubo de quedarse a dormir en su casa, cuando la nieve hacía imposible el paso. Como los Marazuela, de Valverde. Trasegaban éstos vino a ambos lados de la sierra y alguna noche se hizo más corta y cálida tocando la guitarra y distraiendo el contenido de alguno de los pellejos. Venía el padre con un hijo de corta edad, en el cual Atanasio parecía verse a sí mismo cuando andaba a ferias de la mano de su padre.

Saturnino escuchaba con gusto estos recuerdos de su suegro, que le animaba a traspasar la sierra. Muchas tardes, mientras jarreaba la leche entre las cántaras después de ordeñar y aviaba los dornajos, le daba por imaginar cómo sería la vida en la capital. Sólo estuvo una vez, de mozo, y a la fascinación del viaje en el coche

de línea, se juntó el asombro y el estupor por tantos edificios y tanto bullicio en las calles.

Ya casado, le daba vueltas y vueltas a cómo procurar mejor vida a su familia. Nadie del pueblo había dado el paso definitivo de emigrar a Madrid, pero él era inquieto como su suegro y el bueno del tío Mariano. ¿Cómo podía unir esos dos mundos, Segovia y Madrid, que se le hacían tan distintos?

Ahora que ya han pasado años y el tiempo de la guerra y las cartillas de racionamiento, Saturnino disfruta en las dos o tres ocasiones que en el año vuelve a Las Navas a casa de sus hermanos. Le gusta, cuando sale al campo a recorrer los pocos *praos* que siguen a su nombre y que no quiso vender cuando emigró, hacer memoria de su vida. Después de él, muchos hombres del pueblo siguieron su ejemplo, pero sonrío pensando que fue el primero que vivió más allá de Tablada. La vaquería que logró establecer en pleno centro de Madrid sigue siendo un lugar de encuentro de todos los naveros que acuden a la capital: de los que dos veces por semana van y vienen por la Nacional VI para llevarle las cántaras de leche para despachar y de los que, como él hace años, se aventuran en ese otro lado de la sierra y necesitan a alguien que les dé abrigo, consejo y una palabra amable.

La vida de Saturnino está ahora en Madrid, pero su amor por Segovia y por Las Navas no se ha perdido; al contrario, cada día es mayor, como el que se tiene por la amante ausente a la que se sabe que no se puede llegar a poseer. Por eso, en esas fugaces visitas, se hace acompañar por su hijo Luis, para que entienda con su alma de niño que sus raíces están allí. Frente al Pajar Caído, al otro lado del arroyo, piensa Saturnino si habrá alguien después de él que emprenda el camino contrario, abandonando lo allende Guadarrama y retornando a esta tierra que ahora contempla. Pero eso, intuye, no llegará a verlo.

Anda el tío Luis empeñado en abrir un pozo en el *prao* que llaman de La Cochera, que de antiguo servía para guardar los carros en los meses de la hierba. Mientras duda dónde abrirlo, contempla la modesta casa de veraneo que se ha hecho construir para él y sus hijos. Su vida, su trabajo, sus negocios están en Madrid, es cierto, pero su familia y sus recuerdos están de este lado y quiere que, como su padre le enseñó a hacer, su hijo David recorra los caminos del término y, así, sienta suyas las dos faldas del Guadarrama. ¿Dónde estará pasando la tarde el chaval? Por ahí debe de andar con su cuadrilla, en el Parque de las Hojas o cogiendo moras en las callejas de este lado de la carretera.

No sin orgullo, Luis se siente un poco pionero en este momento de su vida. Su padre fue el primero en asentarse en Madrid por necesidad; él ha sido el primero en tener una segunda residencia en el pueblo por gusto. Treinta y tantos

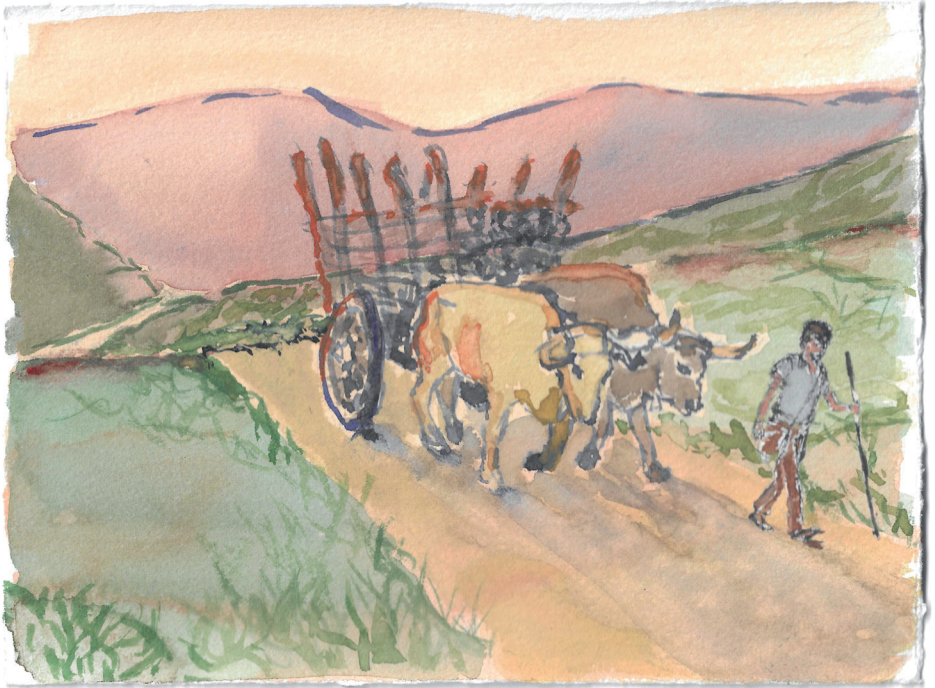
años después de la guerra, los que él tiene, su esfuerzo diario le ha permitido lograrlo, empezando por aquellos años de mozo repartiendo en Madrid, casa por casa, la leche de Las Navas subido de gañote en el trole de los autobuses que circulaban por su barrio.

- Papá, ¿a qué hora vienes a buscarme?
- Hemos quedado a las once, ¿no? Ahora bajo a la plaza.
- Déjame media hora más, que he quedado en casa de Mario para echar una partida en la *play*. Porfa, tío.
- Vale, pero a y media estoy en la puerta y sales del tirón, ¿entendido?

David, mientras cuelga la llamada que le ha hecho su hijo Mateo desde el móvil, sonríe abiertamente. Esa media hora a mayores, que ya la barruntaba y contaba con ella, le va a obligar (es un decir) a regresar a la plaza sin prisa alguna desde el paraje de Las Suertes, donde ahora está y, como tantas otras veces, recrearse en sus pensamientos mientras camina consigo mismo. Vuelve a sentirse orgulloso de la decisión que tomó muy poco antes de acabar el siglo pasado de abandonar Madrid, donde nació, y venirse aquende los montes para vivir, trabajar y tener familia en Segovia. En estos pequeños ratos de intimidad, se convence una vez más de que es el mejor paso que ha dado en su vida, del que se siente abrumadoramente feliz.

Feliz en Segovia y en Las Navas de San Antonio, a este lado de ese puerto que tantas veces traspasó de niño con su padre. Y se le figura que se le aparecen, también sonriendo, todos sus antepasados, sencillos, inquietos y orgullosos como él del hilo conductor que da sentido a esta familia y a esta tierra. Ahora, le susurran, nos queda Mateo.

1^{er} premio de Relatos del I Certamen de Narrativa, 2017



Aquende y Allende
Agustín Bonilla

Guadarrama testigo

Por G.O.N.

Autor: Gerardo Oliva Negreira

Hoy soy libre, hoy poseo el conocimiento de la experiencia, hoy soy todo, agua, luz, fuego, tierra y viento. Soy los senderos del Guadarrama que pisan sus gentes, su fauna, soy la tierra donde enraízan fuertes sus pinares, soy cada gota de su resina que por la corteza se desliza. Soy cada gota de rocío que cubre las hojas, cada gota de agua de lluvia y de nieve que discurre por sus hermosos arroyos. Soy el viento que azota suavemente las cumbres en las cálidas tardes de primavera, y además, soy el aire en movimiento que acaricia bruscamente valles y gentes cuando las tormentas y ventiscas arrecian. Soy la brisa que acompaña a las gentes de los pueblos, que acaricia manos de herreros, curtidas por el tiempo. Soy la luz y el sol que da calor al pueblo. Cercedilla, imperturbable ante el paso del tiempo, de sus gentes, que marchan a la urbe y vuelven al tiempo, para darse cuenta de lo poco que ha cambiado el pueblo, sus valles e inviernos, para darse cuenta de que, si algo ha cambiado, han sido ellos.

Soy esa primera luz del alba que embelesa, que con esa magia del bosque, olor a candela y pan de sus hornos se entremezcla. Soy esas tinieblas de los días felices y esa claridad de los días tristes, de penas y entierros. Soy las puertas del cementerio, de tantas historias de vida, repleto. Soy el frío cual hielo, que por las noches llega a los huesos entre las calles del pueblo. Soy el aroma de fiesta, la borrachera de felicidad y los momentos de paz. Soy cada anciano, adulto, adolescente y niño desde que muere hasta que nace, soy la vida y la muerte, soy la historia, el paso del tiempo inexpugnable por sus gentes. Soy la piedra, adobe y ladrillos de las casas. Puedo ser los raíles del tren, cargado de todo tipo de vidas, pero también soy el tren, en los viajes vacíos, viendo por los ojos de mi conductor, la nieve, la experiencia y la duda que le inunda por posibles obstáculos, mientras mi locomotora aparta la nieve sin cesar de su camino. Soy el crujir de la madera del tren, soy su bocina y sonido que retumba por todos sus bosques y el cual, se cuela en oídos de todos sus habitantes. Soy el tímpano de la ardilla que vibra al escucharlo, y también la corteza del pino a la que la misma se agarra, mientras al trepar, el vuelo alza un picapinos en dirección a Siete Picos. Soy las plumas del retumbe de los troncos causado por el fuerte pico, soy su canto y su trino. Soy el chascar de la leña en las chimeneas de antaño, soy el florecer de pinos y madroños, la vida y la muerte, primavera y otoño.

Soy el respeto, el amor a la vida, al pueblo y sus bosques, soy las voces ocultas en el mirador de los poetas, las historias del lugar, conocidas y secretas. Soy cada noche y amanecer que alguien duerme o mira enamorado, desde su trono y bajo un manto de estrellas arropado.

Al fin soy todo lo que quise, todo lo que lograba percibir con mis sentidos, sentado en la montaña, en mi mágico mundo real de Guadarrama. Niño, niño era cuando lo soñaba, niño era cuando lo conocí, y desde que tuve independencia, de sus valles, de sus gentes y calles no pude salir. Hoy sigo aquí, aunque ya no estoy, pero más que nunca existo, hoy sí que puedo estar en cada rincón, en cada detalle, en todo lo que podía distinguir y percibir antes, con mis limitados ricos sentidos, con mi corazón que en sus adentros sentía, aún sin ser así, allí haber nacido.

Ayer me fui, elevé mi canto, dejé volar mi alma y mi corazón con el viento. Fundí mi cuerpo con la tierra, con el ciclo de la vida y mejoré mi entendimiento. Llené mis pulmones de aliento, de pura felicidad, de puro conocimiento. Al fin me sentía pleno. He conseguido sobrevolar cada momento, cada segundo, y ahora, podré ver pasar el tiempo, las estaciones por el bosque, sus gentes, por el pueblo, para darme cuenta, que formo parte de ello.

— Un niño, un montaraz, un abuelo.

Poco tiempo ha de esto que os cuento. Soy el niño de corcho, al menos, así me llaman en el colegio. Hace unos días me escapé sin saberlo, a crecer y encontrarme conmigo mismo por primera vez entre pinos y senderos. No tenía miedo, era un día gris pero de magia lleno. Estaba solo, parecía haberse aliado el destino para no hallar a nadie más en mi camino. Podía observar como ojos curiosos de animales me observaban entre los arbustos. Empecé a sentir cosas, entre una inmensa alegría, que no podía describir ni sabía interpretar. Me senté en una roca, bajo el cobijo de un pino con un gran tronco que debía ser centenario y observé entre los árboles una vista del pueblo. Fue entonces cuando me pregunté qué significaba el tiempo, qué era ser alguien del pueblo, qué era ser alguien o algo del bosque, qué eran aquellos sentimientos que me estaban arrollando por dentro.

Algo pasó, no me asusté, pero sentí un inmenso amor, y al meter la mano en el bolsillo encontré la respuesta que acabo de leer. Escrita estaba en una especie de papel grueso y rudo, como si fuera corcho grabado, débil e indestructible al mismo tiempo y estaba firmada por mi abuelo. Aquel era uno de mis tesoros, era uno de mis secretos. Aún recuerdo, en la cama de aquel hospital, cuando le pregunté por qué lloraba riendo y él solo alcanzó a contestar: —Ahora todo lo entiendo. Te lo explicaré con el tiempo. Y eso ha hecho. Ahora siento el bosque,

y siento el tiempo y más aun siendo un niño y sin crecer, la carta de mi abuelo comprendo. Tengo un tesoro, soy un niño rico, no necesito dinero pero tengo una gran responsabilidad que me dejó mi abuelo: Transmitir su conocimiento sensorial al pueblo, al resto de personas con el día a día ciegos. Acercar la felicidad del bosque, de sus pueblos, gentes, fauna, flora, y el paso del tiempo.

Él tardó una vida entera. Yo, a él me debo pues a corta edad me ha enseñado la suela de sus zapatos llena de conocimiento. No hay tesoro mayor, no hay mayor posesión, que el fundirse con cada detalle que nos da la naturaleza y percibirlo en el corazón.

Hoy siendo sólo un niño, un niño de corcho, os leo esto en el colegio, con la esperanza de compartir con todos vosotros el saber de, aquel que sin enseñar, fue un maestro, mi abuelo.

1^{er} premio de Relatos del II Certamen de Narrativa, 2018



Guadarrama testigo
Agustín Bonilla

Los túneles de la luz

Por Urbanelli

Autor: Agustín García Aguado

Aquella muchacha desnuda corriendo por el pinar como una visión de espejos deformados, el perro pastor que perseguía enloquecido el curso del sol a través del río; tus labios, como herrumbre del tiempo, hicieron el resto y me sentí feliz. Por un instante las cumbres nevadas de Peñalara y el rumor de los neveros me devolvieron a la vida. Todo cuanto vi y escuché aquella mañana de domingo en la Sierra de Guadarrama amplió la percepción de mis sentidos y me dotó del valor suficiente para confesarte que me quedaban seis meses de vida. Ciento ochenta días pueden ser una eternidad amable o un instante doloroso, depende de circunstancias y de interlocutores. Acababan de darme el diagnóstico: carcinoma de páncreas con metástasis y no sé qué más zarandajas que era preferible no entender. En la clínica, ante aquel médico que disfrazaba su propio dolor de mensajero maldito con una sonrisa forzada, me acordé de ti, y por eso te propuse una escapada de fin de semana a la montaña. Viejos amigos (tan viejos como pudieron permitir los límites de un amor no correspondido), comenzamos por hablar de nuestras vidas. Tú habías fracasado en el amor. Tres parejas malogradas y muchos planes abandonados por miedo a sentir una vez más el vértigo del fracaso. Ahora, a tus cuarenta y tres años, eras la dama de hierro, como me dijiste tomando el primer café en San Rafael, y no querías más pájaros de mal agüero en tu nido. Yo te conté la mitad de mi verdad. Después de tanto tiempo no era fácil hacer biografía de la desgracia. Por eso callé mi vida de triste caimán ahogado en la nostalgia. Gracias a ti el universo era plano, y mi sentido de la orientación empezaba y terminaba con tu nombre por las mañanas al levantarme y saber que disponía de todo el día para intentar olvidarte. Después de pasear por Rascafría y llegarnos hasta el Monasterio de El Paular (recuerdo que la mañana era soleada pero fría, y, por una absurda asociación de imágenes, pensé que tu nariz y tus orejas comenzaban a parecer cristallitos de Swarovski), vimos a aquella muchacha correr desnuda entre los pinares y supusimos que era alguna pobre loca escapada de un frenopático o una bruja huyendo de su inquisidor tras ser sorprendida en su taumaturgia. En aquella tierra la magia, pensamos sin mostrar más extrañeza, era tan posible como hallar al *Tuerto Pirón* en el viejo Olmo escondiendo candabros y joyas de ricos hacendados para repartirlos entre los pobres lugareños. Pero ese olmo enfermó y murió hace años, me dijiste... Consideré entonces que era el momento idóneo y te confesé lo de mi enfermedad incurable. Te limitaste a mirarme con ternura para estamparme después un largo beso en los labios. Mi amor de tantos años finalmente había dibujado la estela de la felicidad. Sentí

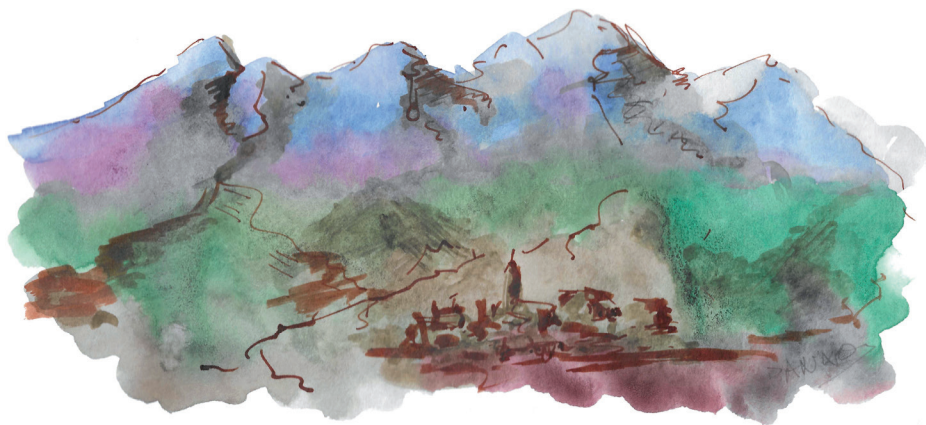
entonces la fatiga y el rubor de los muertos, pero alcé la vista y observé el vuelo circular de un águila imperial. Todo estaba bien. El mundo seguiría latiendo sin mí y tú, mi vieja amiga, mi único amor, serías testigo de mi ausencia. En tu memoria podría anidar como un aguilucho, y eso ya era suficiente recompensa. El hombre cansado tendría por fin su hogar y su yacija. ¿Qué más podría pedir?

En el hospital las enfermeras graznan como pajarracos blancuzcos y prehistóricos, los celadores repasan con cuchillos afilados cuellos y barrigas de los pacientes. Parecen verdugos en prácticas recorriendo los pasillos encerados y las habitaciones de oncología. Todo es una locura. La morfina me vence. Ahora toca mostrar el rostro del cadáver que espera sus velones y su último responso. La quimio no dio resultado, mi amor. Ni yendo a la cita diaria contigo he logrado engañar al bicho. Ahora te espero en el borde del camino a que vengas con tu sonrisa y un libro bajo el brazo. Todos los días me cuentas un chisme y yo me animo con tanta vehemencia. Sé que pronto las citas cesarán, pero deseo ver tus ojos que proyectan una mirada líquida y discurren cristalinos como el río Moros donde chapoteamos aquel domingo mágico de confesiones y pequeñas locuras. El agua está helada, te quejaste, y yo corrí tras de ti como un fauno para abarcarte la cintura y decirte que no recordaba la última vez que fui feliz. Fueron dos meses que sirvieron para saldar cualquier deuda con el pasado. Todos los sábados me recogías en Moncloa y, tras hora y media de trayecto (puerto o túnel, *it is the question*), desembarcábamos como grumetes, aprendices de la vida, en cualquier rincón de la Sierra de Guadarrama. Mi tiempo descontaba como los segundos intensos que preceden a un naufragio en alta mar, pero oírte reír a carcajadas con cualquier chiste malo, me inyectaba vitalidad para el resto de la semana. Aquel cochifrito delicioso en Navafría, la chimenea de leña del restaurante donde perdiste el anillo que te compré en un mercadillo, forman parte de mi paisaje, y aliento la memoria para sentir el rescoldo de una vida que se me escapa entre los dedos de las manos. Ahora te conozco mejor. Te he comparado con los picos nevados de Gredos, he caminado por los valles de mi sueño, y sé que las saucedas en la umbría del otoño son lugares mágicos donde reposará mi alma. La otra tarde lloraste cuando te pedí que esparcieras mis cenizas en las aguas de Guarramillas. Después cruzaste las manos y, quizá por el dolor que me mordía el vientre, me pareciste una *Madonna* de retablo. Tan bella, transida en tu dolor, recuerdo que hice de tripas corazón y me incorporé de la cama para jalearte como un *hooligan* en su último partido de fútbol. Tus lágrimas ocultaron la última luz de la tarde y yo me quedé dormido como un niño que sueña con las cumbres heladas que le permitirán ascender a su cielo de cristal.

Sé que es mi último día. Hoy has llegado antes y no te has sentado en la butaca como siempre. Merodeas alrededor de la cama y pareces barruntar lo inevitable. No te aflijas, amor. Caminaremos en un sueño compartido desde la

distancia, y volveremos a subir al monte Abantos con tus botas de sherpa y mi termo de café caliente, ese maldito cacharro que derramaba el líquido por la tapa siempre mal cerrada. Te lo prometo. Ahora cierro los ojos y veo tu silueta agrandada por la luz de la tarde cuando bajábamos hacia el coche ateridos de frío y deseando el calor de la leña en aquel pequeño albergue de montaña. Siento como un remanso de paz porque estás aquí, conmigo, y todo el dolor que me invade se dispara como un cohete de feria para dejar ver en el cielo los colores vivos que aprendimos a amar en la niñez. Te recuerdo desde este túnel que me devora bajo su sombra, pero acepto la derrota. Me llevaré la risa y tus dientes blancos, la cuenca de tu mano cuando bebías de las aguas puras del arroyo Horcajos, ¿recuerdas? Verte en cuclillas me recordaba que no hay mayor tesoro que el vínculo del hombre con la sagrada tierra. Diosa de mis días, ahora te tocará espantar el silencio que me sucede, pero pasado el tiempo volverás con algún amigo a la Bola del Mundo y me verás planeando en las alas de un águila o en la corteza resinosa de los pinsapos. Allí estaré, en armoniosa comunión contigo. Estaré, mi amor, no lo dudes. Ahora siento tu mano trémula sobre mi frente y sé que estás preparada para decirme adiós tras un breve viaje en coche (puerto o túnel, *it is the question*) al Shangri-La que nos unió al cabo de los años. Nos vemos pronto.

1^{er} premio de Relatos del III Certamen de Narrativa, 2019



Los túneles de la luz
Panxo Le Loup

Huellas de ayer

Por Aletheia

Autora: Fátima Chamorro Merino

Nunca me gustó andar sola por el bosque. Desde muy niña, la fascinación y el miedo poblaron al unísono la umbría nemorosa de mi imaginación con seres adorables y seres abyectos: pajarillos de oro y lobos hambrientos; ondinas de estanques y brujas malévolas; ogros despiadados y niños valientes... Tras el mágico “Había una vez” de los cuentos infantiles, todo era posible en su interior. Y en ese todo el bien y el mal se acercaban imperceptiblemente.

Aquel martes de mediados de febrero, sin embargo, la incursión entre los pinos y los roquedales de la Sierra de Guadarrama me parecía un plan magnífico. Iría con una de mis mejores amigas, senderista experimentada, que ya me había dado mil y una recomendaciones para emprender la marcha. Gracias a ella, me había provisionado de cuanto pudiera resultar útil o necesario. Sé que había exagerado un poco, porque el camino elegido no iba a ser ni muy largo ni muy difícil, pero conociendo mi escasa pericia con la montaña, no estaba de más.

El jueves anterior había caído una nevada impresionante en toda la sierra y, aunque durante el fin de semana no nos atrevimos a acercarnos por miedo a las largas retenciones de subida y al colapso en los aparcamientos, para ese día la mayor parte de la gente estaría ya trabajando y podríamos disfrutar de una naturaleza que respiraba a su propio ritmo y no al de las masas de visitantes. La mañana no podía ser más prometedora. Un sol radiante, aunque apenas tibio, unido a la transparencia del aire invernal, nos proporcionaría una visibilidad casi infinita desde el mirador de Las Canchas.

Pero los planes estaban a punto de torcerse tan solo dos horas antes de que comenzase nuestra ruta. En el último momento mi amiga me llamó: el coche la había dejado tirada a unos treinta kilómetros de su casa y la avería no presentaba buen aspecto; tenían que llevarse el vehículo al taller y no disponían de uno de sustitución en un plazo de tiempo lo suficientemente breve como para acudir a mi encuentro. Lamentándolo en el alma, tendríamos que aplazar nuestra cita con La Barranca...

Mi primer impulso fue abandonar el plan y resignarme a un martes anodino de compras, limpieza, lectura y paseo por la ciudad. Ignoro qué me pasó, pero después de enumerar mentalmente las alternativas que acababan de presentarse

ante mí, puse todo mi empeño en olvidar por una vez cualquier tipo de aprensión y hacer el mayor acopio de confianza posible. Finalmente, y con un alarde de imprudencia inusitado y sin duda poco oportuno, decidí no renunciar a aquella jornada de nieve y de sol. Aunque fuera sola. Tuve, eso sí, la precaución de llevar cargado el teléfono y conectada la ubicación. Estaba convencida, además, de que no faltarían excursionistas que, como yo, anduvieran por una senda siempre tan transitada.

Cuando llegué al aparcamiento una hora y media después, no encontré allí más coche que el mío. Miré alrededor con cierta inquietud y sentí que mis latidos cardiacos se descontrolaban. Respiré con calma. Me regañé como a una niña pequeña y me di ánimos. Iba a ser un paseo precioso. Y serviría para demostrarme a mí misma de qué pasta estaba hecha. Me calcé las botas, cogí la mochila y los bastones y me dispuse a iniciar la senda. Pronto se me olvidaron los temores y me dejé llevar por la armonía del paisaje. El olor de los pinos, entreverados aún de nieve, el azul intenso del cielo y la caricia del sol me producían un gozo elemental y primigenio. Me sentía inmersa en el terreno, como si fuera una más de las piedras del camino o cualquiera de los tejones, buitres o cigüeñas que debían de frecuentar los alrededores.

Concentrada como estaba en sentir el pulso de la sierra, me sobresalté al oír unos pasos detrás de mí. Ni siquiera me atrevía a girarme para ver de qué o de quién se trataba, pero en menos de un minuto comprobé que otra mujer, tan sola como yo, se colocaba a mi altura. Después de presentarse, me preguntó si tenía algún problema en que hiciésemos juntas el trayecto. Me pareció agradable y acepté su compañía. Gracias a sus indicaciones y al ligero desvío que me señaló, pude contemplar el bello entorno de la presa, que de otro modo seguramente me habría pasado desapercibido. El perfil de las montañas, del cielo y de los árboles reflejados en el tranquilo espejo de las aguas me pareció doblemente hermoso.

No nos detuvimos demasiado tiempo allí, a pesar de que me hubiera gustado, porque Celia —así se llamaba— me recordó que estábamos al comienzo de la ruta. Debíamos continuar si queríamos aprovechar la mañana. Seguimos, pues, hasta entrar en un sendero bastante más estrecho, el Camino Ortiz. La vegetación, cerrada ahora, sombreaba casi todo el trayecto. Sentí entonces un frío inesperado, a pesar de que la subida se hacía más exigente por momentos. El súbito desplome de la temperatura se acentuó cuando Celia me habló del mirador de Walpurgis. Aquel nombre de reminiscencias fantasmagóricas me devolvió el estremecimiento infantil de los relatos de misterio y de terror. Sin darse cuenta del cambio que se había operado en mi estado de ánimo, mi compañera señaló también el ruinoso edificio que fuera en otro tiempo Hospital del Santo Ángel. Yo había oído hablar de él. Se construyó como un sanatorio especializado en el

tratamiento de la tuberculosis. Por una parte, el aislamiento de la zona; y por otra la altitud, junto a la pureza extrema del aire, hacían de aquel emplazamiento un lugar idóneo para ese tipo de dolencias respiratorias. Creo recordar que más tarde habría de convertirse en un centro psiquiátrico...

Nos habíamos quedado en silencio. Y así continuamos durante un buen trecho. En realidad se disfrutaba mejor de los sonidos de la naturaleza, aunque no dudábamos en comentar cualquier detalle que mereciese la pena. Compartíamos con gusto nuestros pequeños descubrimientos: un acebo de fruto tardío, unas huellas de zorro, el canto de algún ave... Celia era, sin duda, una mujer experta y conocía bien la zona; de hecho, ya antes me había comentado que recorría con frecuencia aquellos caminos.

La subida la había hecho toser en varias ocasiones. Pero eso no la detenía; andaba ligera y su conversación, siempre medida, volvía a resultarme grata y tranquilizadora. Yo había recuperado también el calor corporal y la sensación de alarma había desaparecido. Cuando llegamos por fin al mirador de Las Canchas, tuve la impresión de ser muy pequeña frente a la imponente presencia de aquellas alturas. Me sentí especialmente atraída por la silueta de La Maliciosa. Cubierta de nieve hasta muy avanzada su ladera, parecía un bloque de hielo majestuoso y lleno de luz. El sol le arrancaba destellos casi cegadores contra un cielo nítidamente azul.

Enseguida emprenderíamos el regreso, pero primero había que reponer fuerzas. Comimos con gusto unos bocadillos que ambas portábamos en nuestras mochilas; dimos buena cuenta de unos deliciosos frutos secos y nos hidratamos a placer. Después, tocaba el descenso. Celia me acompañó hasta el aparcamiento, donde mi coche seguía estando tan solitario como antes. No lo entendí. ¿Dónde estaba el suyo? Iba a preguntárselo, cuando me dijo que debía regresar por el mismo camino que nos había traído hasta aquí:

— No he querido dejarte sola, por si te perdías; o te ponías nerviosa; pero tengo cita con mi neumólogo —aclaró—. He salido sin su permiso, y no puedo faltar, esta maldita tos todavía no se ha curado del todo; descuida, ya no es contagiosa. El aire del paseo me ha sentado estupendamente.

Y volvió sobre sus pasos mientras movía la mano en señal de adiós.

2º premio de Relatos del VII Certamen de Narrativa, 2023



Huellas de ayer
Paloma Blasco

Amor de primavera

Por Lola Toménez

El Puente del Descalzo y su vecino el tejo: únicos cómplices de nuestro primer encuentro. ¿Fueron los romanos o los Borbones quienes empedraron el suelo de mis sueños?

Te había buscado en las sombras del monte Abantos; en cada sendero de La Peñota. Incluso al llegar a La Pedriza confundí “*El Yelmo*” con el de Mambrino, como un Quijote enamorado. Mi memoria hervía dibujando nuestro amor de primavera, como si el pincel de Sorolla colorease mi alma.

Y allí estaba, otro mes de junio, esperándote. Llorando de rabia al no encontrarte en La Fuenfría, como nos prometimos.

— ¡Déjate de tonterías! —Ha gritado la pérfida de mi mujer al descubrirme—. Tú y tus amores pasajeros.

Celosa, me ha arrojado a la cara los bocetos de tu cuerpo.

Hechos añicos, sólo se aprecia tu nombre: <<*Graellsia isabellae*>>. Ni siquiera el verde bermellón de tus alas ha resistido su arrebato.

Autora: Beatriz Garrandes Rubio

2º premio del I Certamen de Microrrelatos, 2020



El mirador de Tere

Por Morete

Una ligera brisa acariciaba su pelo blanco, la seña de identidad del paso del tiempo. Sus manos, aquellas manos... La mirada profunda, serena, con ese brillo especial intenso, lleno de fortaleza.

En ese lugar, camino “Fuente del Infante”, cerca de las cumbres de nuestra Sierra de Guadarrama, donde acude a encontrarse con el atardecer de cualquier estación del año, reposaba al tiempo que respiraba el mismo aire que aquel día de agosto hizo que el fuego azotase los bosques, arrasando ese lugar. Con su mirada ausente, abatida, desconsolada, el llanto interno se apoderaba de ella al tiempo que el fuego ascendía y se extendía. Ese aire, impregnado de aquel olor desabrido.

Volvió a aquel lugar... dejando que la brisa volviese a acariciarla, divisando su monte, sus raíces, su esencia... Con la tranquilidad serena del reencuentro con lo suyo en aquel mirador, el de siempre y para siempre, su lugar.

Autora: Soledad Cuesta Albertos

2º premio del II Certamen de Microrrelatos, 2021



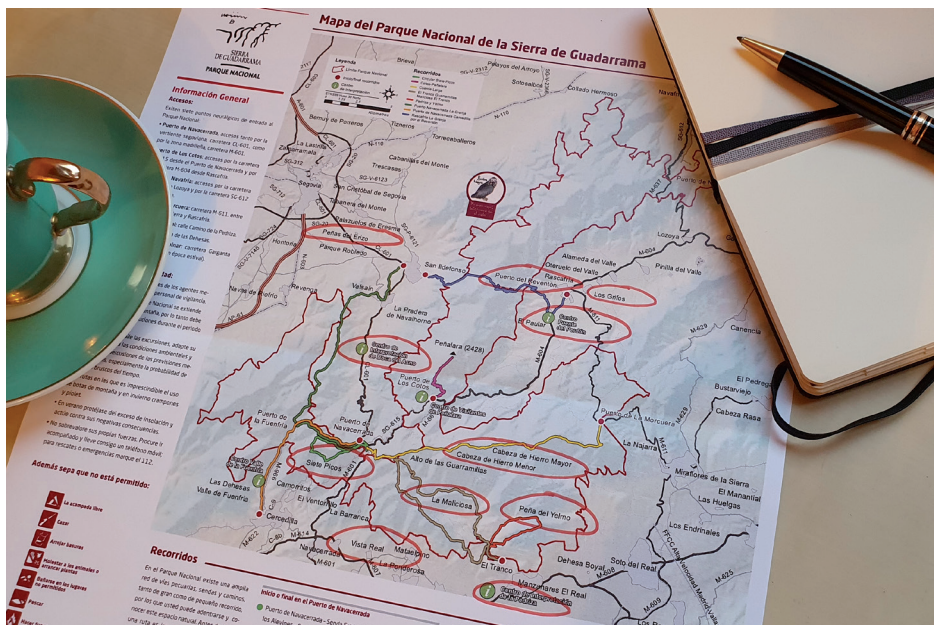
Una terapia innovadora

Por Iñaki Bilbao

Me advirtieron que era una psicóloga innovadora, pero nunca imaginé esto. Según ella, mi terapia contra el estrés crónico era un mapa. Me explicó que siguiendo esa ruta tendría la vista real de lo que me ocurría, que entre sus senderos encontraría descanso para mi reventón mental. Dijo que a veces la felicidad brilla así, *maliciosa*. Que conviene reposar nuestras *cabezas de hierro* y protegerlas con el *yelmo* de la desconexión. Que deberíamos cambiar asfalto por *pedriza*, cuidar de nosotros mismos como hace el erizo y admitir que la verdad habita también en la *boca del asno*. Me aseguró que, atravesando los *siete picos*, encontraría fuentes de calma, *grifos* de sosiego y el *punto del perdón* más importante: el de reconciliarte contigo mismo. Y era verdad, pues desde la cima de *Peñalara* siento la paz de haber dejado el estrés atrás, al comienzo del camino, al inicio de ese mapa.

Autor: Iñaki Álvarez Álvarez

1^{er} premio del III Certamen de Microrrelatos, 2022



Verde sobre negro

Por Comino

Peñalara vigila. La Mujer Muerta está atenta. Los Siete Picos se turnan de guardia. No puede volver a pasar.

Que los únicos que sobrevuelan el Reventón sean los buitres y los milanos y no los helicópteros.

Que las únicas nubes sean de niebla y no de humo.

Que los que corren hacia Fuente Infantes sean deportistas y no bomberos.

Como un Ave Fénix está resurgiendo después de la pesadilla. Más de dos años y los ojos se humedecen todavía viendo esa fea mancha que aún se distingue en la ladera. Una brecha que duele en el alma, pero nos da esperanza al verlo renacer.

Que la única agua que caiga sea el de la lluvia.

Que el único resplandor sea el reflejo del atardecer en la nieve.

Que el único color sea el verde sobre el negro.

Autora: Ana Alonso Comyn

2º premio del III Certamen de Microrrelatos, 2022



El nevero eterno

Por Miss Barruntos

Cuando el buen humor de mi padre, por el simple devenir de su existencia, se empezaba a marchitar, me decía:

— Hijo, vamos al Nevero a cargar energía.

Según íbamos ascendiendo, y respirando el aire limpio, mi padre florecía.

Llegábamos a las ruinas de las trincheras y sacábamos los bocadillos bajo un sol fresco y brillante.

Renovados y respirando la inmensidad, nos imaginábamos el día a día de los soldados que estuvieron en el Frente.

La soberbia de la llanura segoviana y el encanto del Valle del Lozoya, desbordaban de belleza nuestros ojos ensimismados.

Hoy, voy subiendo con mi padre, ya no habla, va aferrado a mi brazo.

Con seguridad, será su última ascensión al Nevero.

Llegamos a la cima, abro la urna y hago volar a mi padre, para que aun habiendo perdido la guerra a la vida, pueda descansar en paz en las trincheras.

Autora: Nieves Pérez Moreno

2º premio del IV Certamen de Microrrelatos, 2023



10 AÑOS 2013-2023 de Parque Nacional



Unión Europea
Fondo Europeo Agrícola de Desarrollo Rural

Europa invierte en las zonas rurales

